

Presentación

La esperanza de los pobres nunca se frustrará (Sal 9,19)

«*La esperanza de los pobres nunca se frustrará*». El mensaje que proviene de las palabras del Salmo 9 constituye el tema central de esta *III Jornada Mundial de los Pobres*. Es una mirada llena de esperanza, dirigida a aquellos que saben captar en las condiciones de vida más dispares la certeza de la intervención del Señor.

En el Mensaje para esta *Jornada*, el Papa Francisco ofrece a través de las palabras del Salmista, que presentan una impresionante actualidad con nuestros tiempos a pesar de la distancia temporal, una hermosa definición del pobre: “es el hombre de la confianza” (n. 3). Él es aquel que “confía en el Señor” porque lo conoce; es decir, tiene una “relación personal de afecto y amor” con Dios. La esperanza de los pobres no queda defraudada y Dios interviene a su favor para devolverle la dignidad perdida y liberarlo de la esclavitud de la precariedad de la marginación.

De ahí nace la reflexión sobre el compromiso concreto que todos estamos llamados a expresar “en la vida ordinaria de cada día”. Un compromiso que “no consiste sólo en iniciativas de asistencia que, si bien son encomiables y necesarias, deben tender a incrementar en cada uno la plena atención que le es debida a cada persona que se encuentra en dificultad” (n. 7). El Papa Francisco vuelve a un tema que le es particularmente querido: “Los pobres tienen necesidad de Dios, de su amor hecho visible gracias a personas santas que viven junto a ellos, las que en la sencillez de su vida expresan y ponen de manifiesto la fuerza del amor cristiano. Dios se vale de muchos caminos y de instrumentos infinitos para llegar al corazón de las personas. Por supuesto, los pobres se acercan a nosotros también porque les distribuimos comida, pero lo que realmente necesitan va más allá del plato caliente o del bocadillo que les ofrecemos. Los pobres necesitan nuestras manos para reincorporarse, nuestros corazones para sentir de nuevo el calor del afecto, nuestra presencia para superar la soledad. Sencillamente, ellos necesitan amor”. (n. 8). Un desafío, por lo tanto, para saber ver lo esencial y para vivir las palabras de Jesús “*cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*” (Mt 25:40).

Este *subsidio pastoral* se propone como un simple instrumento ofrecido a las diócesis, a las parroquias y a todas las realidades eclesiales, para prepararse a celebrar la *III Jornada Mundial de los Pobres*. Es una ayuda que permite reflexionar sobre cómo devolver la esperanza a quienes el mundo quisiera relegar a una vida de soledad y discriminación. La *Jornada Mundial de los Pobres* se presenta una vez más como una ocasión para garantizar que a nadie le falte nuestra ayuda y cercanía. La Iglesia no puede cerrar los ojos ante quien pasa necesidad, y mucho menos quedarse callada. Somos llamados, por tanto, a salir del individualismo, que encierra en sí mismo y en las propias necesidades, para crear ante todo un cambio de mentalidad con la esperanza de que nos convirtamos en instrumentos de Dios para la liberación y la promoción de los pobres.

✠ Rino Fisichella

Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

III JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

*Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
17 de noviembre de 2019*

La esperanza de los pobres nunca se frustrará

1. «La esperanza de los pobres nunca se frustrará» (*Sal 9,19*). Las palabras del salmo se presentan con una actualidad increíble. Ellas expresan una verdad profunda que la fe logra imprimir sobre todo en el corazón de los más pobres: devolver la esperanza perdida a causa de la injusticia, el sufrimiento y la precariedad de la vida.

El salmista describe la condición del pobre y la arrogancia del que lo oprime (cf. 10,1-10); invoca el juicio de Dios para que se restablezca la justicia y se supere la iniquidad (cf. 10,14-15). Es como si en sus palabras volviese de nuevo la pregunta que se ha repetido a lo largo de los siglos hasta nuestros días: ¿cómo puede Dios tolerar esta disparidad? ¿Cómo puede permitir que el pobre sea humillado, sin intervenir para ayudarlo? ¿Por qué permite que quien oprime tenga una vida feliz mientras su comportamiento debería ser condenado precisamente ante el sufrimiento del pobre?

Este salmo se compuso en un momento de gran desarrollo económico que, como suele suceder, también produjo fuertes desequilibrios sociales. La inequidad generó un numeroso grupo de indigentes, cuya condición parecía aún más dramática cuando se comparaba con la riqueza alcanzada por unos pocos privilegiados. El autor sagrado, observando esta situación, dibuja un cuadro lleno de realismo y verdad.

Era una época en la que la gente arrogante y sin ningún sentido de Dios perseguía a los pobres para apoderarse incluso de lo poco que tenían y reducirlos a la esclavitud. Hoy no es muy diferente. La crisis económica no ha impedido a muchos grupos de personas un enriquecimiento que con frecuencia aparece aún más anómalo si vemos en las calles de nuestras ciudades el ingente número de pobres que carecen de lo necesario y que en ocasiones son además maltratados y explotados. Vuelven a la mente las palabras del Apocalipsis: «Tú dices: “soy rico, me he enriquecido; y no tengo necesidad de nada”; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, ciego y desnudo» (*Ap 3,17*). Pasan los siglos, pero la condición de ricos y pobres se mantiene inalterada, como si la experiencia de la historia no nos hubiera enseñado nada. Las palabras del salmo, por lo tanto, no se refieren al pasado, sino a nuestro presente, expuesto al juicio de Dios.

2. También hoy debemos nombrar las numerosas formas de nuevas esclavitudes a las que están sometidos millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños. Todos los días nos encontramos con *familias* que se ven obligadas a abandonar su tierra para buscar formas de subsistencia en otros lugares; *huérfanos* que han perdido a sus padres o que han sido separados violentamente de ellos a causa de una brutal explotación; *jóvenes* en busca de una realización profesional a los que se les impide el acceso al trabajo a causa de políticas económicas miopes; *víctimas* de tantas formas de violencia, desde la prostitución hasta las drogas, y humilladas en lo más profundo de su ser. ¿Cómo olvidar, además, a los millones de *inmigrantes* víctimas de

tantos intereses ocultos, tan a menudo instrumentalizados con fines políticos, a los que se les niega la solidaridad y la igualdad? ¿Y qué decir de las numerosas personas *marginadas* y *sin hogar* que deambulan por las calles de nuestras ciudades?

Con frecuencia vemos a los pobres en los *vertederos* recogiendo el producto del descarte y de lo superfluo, para encontrar algo que comer o con qué vestirse. Convertidos ellos mismos en parte de un vertedero humano son tratados como desperdicios, sin que exista ningún sentimiento de culpa por parte de aquellos que son cómplices en este escándalo. Considerados generalmente como parásitos de la sociedad, a los pobres no se les perdona ni siquiera su pobreza. Se está siempre alerta para juzgarlos. No pueden permitirse ser tímidos o desanimarse; son vistos como una amenaza o gente incapaz, sólo porque son pobres.

Para aumentar el drama, no se les permite ver el final del túnel de la miseria. Se ha llegado hasta el punto de teorizar y realizar una *arquitectura hostil* para deshacerse de su presencia, incluso en las calles, últimos lugares de acogida. Deambulan de una parte a otra de la ciudad, esperando conseguir un trabajo, una casa, un poco de afecto... Cualquier posibilidad que se les ofrezca se convierte en un rayo de luz; sin embargo, incluso donde debería existir al menos la justicia, a menudo se comprueba el ensañamiento en su contra mediante la violencia de la arbitrariedad. Se ven obligados a trabajar horas interminables bajo el sol abrasador para cosechar los frutos de la estación, pero se les recompensa con una paga irrisoria; no tienen seguridad en el trabajo ni condiciones humanas que les permitan sentirse iguales a los demás. Para ellos no existe el subsidio de desempleo, indemnizaciones, ni siquiera la posibilidad de enfermarse.

El salmista describe con crudo realismo la actitud de los ricos que despojan a los pobres: «Están al acecho del pobre para robarle, arrastrándolo a sus redes» (cf. *Sal* 10,9). Es como si para ellos se tratara de una jornada de caza, en la que los pobres son acorralados, capturados y hechos esclavos. En una condición como esta, el corazón de muchos se cierra y se afianza el deseo de volverse invisibles. Así, vemos a menudo a una multitud de pobres tratados con retórica y soportados con fastidio. Ellos se vuelven como transparentes y sus voces ya no tienen fuerza ni consistencia en la sociedad. Hombres y mujeres cada vez más extraños entre nuestras casas y marginados en nuestros barrios.

3. El contexto que el salmo describe se tiñe de tristeza por la injusticia, el sufrimiento y la amargura que afecta a los pobres. A pesar de ello, se ofrece una hermosa definición del pobre. Él es aquel que «confía en el Señor» (cf. v. 11), porque tiene la certeza de que nunca será abandonado. El pobre, en la Escritura, es el hombre de la confianza. El autor sagrado brinda también el motivo de esta confianza: él “conoce a su Señor” (cf. *ibíd.*), y en el lenguaje bíblico este “conocer” indica una relación personal de afecto y amor.

Estamos ante una descripción realmente impresionante que nunca nos hubiéramos imaginado. Sin embargo, esto no hace sino manifestar la grandeza de Dios cuando se encuentra con un pobre. Su fuerza creadora supera toda expectativa humana y se hace realidad en el “recuerdo” que él tiene de esa persona concreta (cf. v. 13). Es precisamente esta confianza en el Señor, esta certeza de no ser abandonado, la que invita a la esperanza. El pobre sabe que Dios no puede abandonarlo; por eso vive siempre en la presencia de ese Dios que lo recuerda. Su ayuda va más allá de la condición actual de sufrimiento para trazar un camino de liberación que transforma el corazón, porque lo sostiene en lo más profundo.

4. La descripción de la acción de Dios en favor de los pobres es un estribillo permanente en la Sagrada Escritura. Él es aquel que “escucha”, “interviene”, “protege”, “defiende”, “redime”, “salva” ... En definitiva, el pobre nunca encontrará a Dios indiferente o silencioso ante su oración. Dios es aquel que hace justicia y no olvida (cf. *Sal* 40,18; 70,6); de hecho, es para él un refugio y no deja de acudir en su ayuda (cf. *Sal* 10,14).

Se pueden alzar muchos muros y bloquear las puertas de entrada con la ilusión de sentirse seguros con las propias riquezas en detrimento de los que se quedan afuera. No será así para siempre. El “día del Señor”, tal como es descrito por los profetas (cf. *Am* 5,18; *Is* 2-5; *Jl* 1-3), destruirá las barreras construidas entre los países y sustituirá la arrogancia de unos pocos por la solidaridad de muchos. La condición de marginación en la que se ven inmersas millones de personas no podrá durar mucho tiempo. Su grito aumenta y alcanza a toda la tierra. Como escribió D. Primo Mazzolari: «El pobre es una protesta continua contra nuestras injusticias; el pobre es un polvorín. Si le das fuego, el mundo estallará».

5. No hay forma de eludir la llamada apremiante que la Sagrada Escritura confía a los pobres. Dondequiera que se mire, la Palabra de Dios indica que los pobres son aquellos que no disponen de lo necesario para vivir porque dependen de los demás. Ellos son el oprimido, el humilde, el que está postrado en tierra. Aun así, ante esta multitud innumerable de indigentes, Jesús no tuvo miedo de identificarse con cada uno de ellos: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25,40). Huir de esta identificación equivale a falsificar el Evangelio y atenuar la revelación. El Dios que Jesús quiso revelar es éste: un Padre generoso, misericordioso, inagotable en su bondad y gracia, que ofrece esperanza sobre todo a los que están desilusionados y privados de futuro.

¿Cómo no destacar que las bienaventuranzas, con las que Jesús inauguró la predicación del Reino de Dios, se abren con esta expresión: «Bienaventurados los pobres» (*Lc* 6,20)? El sentido de este anuncio paradójico es que el Reino de Dios pertenece precisamente a los pobres, porque están en condiciones de recibirlo. ¡Cuántas personas pobres encontramos cada día! A veces parece que el paso del tiempo y las conquistas de la civilización aumentan su número en vez de disminuirlo. Pasan los siglos, y la bienaventuranza evangélica parece cada vez más paradójica; los pobres son cada vez más pobres, y hoy día lo son aún más. Pero Jesús, que ha inaugurado su Reino poniendo en el centro a los pobres, quiere decirnos precisamente esto: Él *ha inaugurado*, pero nos ha confiado a nosotros, sus discípulos, la tarea de llevarlo adelante, asumiendo la responsabilidad de dar esperanza a los pobres. Es necesario, sobre todo en una época como la nuestra, reavivar la esperanza y restaurar la confianza. Es un programa que la comunidad cristiana no puede subestimar. De esto depende que sea creíble nuestro anuncio y el testimonio de los cristianos.

6. La Iglesia, estando cercana a los pobres, se reconoce como un pueblo extendido entre tantas naciones cuya vocación es la de no permitir que nadie se sienta extraño o excluido, porque implica a todos en un camino común de salvación. La condición de los pobres obliga a no distanciarse de ninguna manera del Cuerpo del Señor que sufre en ellos. Más bien, estamos llamados a tocar su carne para comprometernos en primera persona en un servicio que constituye auténtica evangelización. La promoción de los pobres, también en lo social, no es un compromiso externo al anuncio del Evangelio, por el contrario, pone de manifiesto el realismo de la fe cristiana y su validez histórica. El amor que da vida a la fe en Jesús no permite que sus discípulos se encierren

en un individualismo asfixiante, soterrado en segmentos de intimidad espiritual, sin ninguna influencia en la vida social (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 183).

Hace poco hemos llorado la muerte de un gran apóstol de los pobres, Jean Vanier, quien con su dedicación logró abrir nuevos caminos a la labor de promoción de las personas marginadas. Jean Vanier recibió de Dios el don de dedicar toda su vida a los hermanos y hermanas con discapacidades graves, a quienes la sociedad a menudo tiende a excluir. Fue un “santo de la puerta de al lado” de la nuestra; con su entusiasmo supo congregarse en torno suyo a muchos jóvenes, hombres y mujeres, que con su compromiso cotidiano dieron amor y devolvieron la sonrisa a muchas personas débiles y frágiles, ofreciéndoles una verdadera “arca” de salvación contra la marginación y la soledad. Este testimonio suyo ha cambiado la vida de muchas personas y ha ayudado al mundo a mirar con otros ojos a las personas más débiles y frágiles. El grito de los pobres ha sido escuchado y ha producido una esperanza inquebrantable, generando signos visibles y tangibles de un amor concreto que también hoy podemos reconocer.

7. «La opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (*ibíd.*, 195) es una opción prioritaria que los discípulos de Cristo están llamados a realizar para no traicionar la credibilidad de la Iglesia y dar esperanza efectiva a tantas personas indefensas. En ellas, la caridad cristiana encuentra su verificación, porque quien se compadece de sus sufrimientos con el amor de Cristo recibe fuerza y confiere vigor al anuncio del Evangelio. El compromiso de los cristianos, con ocasión de esta *Jornada Mundial* y sobre todo en la vida ordinaria de cada día, no consiste sólo en iniciativas de asistencia que, si bien son encomiables y necesarias, deben tender a incrementar en cada uno la plena atención que le es debida a cada persona que se encuentra en dificultad. «Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación» (*ibíd.*, 199) por los pobres en la búsqueda de su verdadero bien. No es fácil ser testigos de la esperanza cristiana en el contexto de una cultura consumista y de descarte, orientada a acrecentar el bienestar superficial y efímero. Es necesario un cambio de mentalidad para redescubrir lo esencial y darle cuerpo y efectividad al anuncio del Reino de Dios. La esperanza se comunica también a través de la consolación, que se realiza acompañando a los pobres no por un momento, cargado de entusiasmo, sino con un compromiso que se prolonga en el tiempo. Los pobres obtienen una esperanza verdadera no cuando nos ven complacidos por haberles dado un poco de nuestro tiempo, sino cuando reconocen en nuestro sacrificio un acto de amor gratuito que no busca recompensa.

8. A los numerosos voluntarios, que muchas veces tienen el mérito de ser los primeros en haber intuido la importancia de esta preocupación por los pobres, les pido que crezcan en su dedicación. Queridos hermanos y hermanas: Os exhorto a descubrir en cada pobre que encontráis lo que él realmente necesita; a no deteneros ante la primera necesidad material, sino a ir más allá para descubrir la bondad escondida en sus corazones, prestando atención a su cultura y a sus maneras de expresarse, y así poder entablar un verdadero diálogo fraterno. Dejemos de lado las divisiones que provienen de visiones ideológicas o políticas, fijemos la mirada en lo esencial, que no requiere muchas palabras sino una mirada de amor y una mano tendida. No olvidéis nunca que «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (*ibíd.*, 200). Antes que nada, los pobres tienen necesidad de Dios, de su amor hecho visible gracias a personas santas que viven junto a ellos, las que en la sencillez de su vida expresan y ponen de manifiesto la fuerza del amor cristiano. Dios se vale de muchos caminos y de instrumentos infinitos para llegar al corazón de las personas. Por supuesto, los

pobres se acercan a nosotros también porque les distribuimos comida, pero lo que realmente necesitan va más allá del plato caliente o del bocadillo que les ofrecemos. Los pobres necesitan nuestras manos para reincorporarse, nuestros corazones para sentir de nuevo el calor del afecto, nuestra presencia para superar la soledad. Sencillamente, ellos necesitan amor.

9. A veces se requiere poco para devolver la esperanza: basta con detenerse, sonreír, escuchar. Por un día dejemos de lado las estadísticas; los pobres no son números a los que se pueda recurrir para alardear con obras y proyectos. Los pobres son personas a las que hay que ir a encontrar: son jóvenes y ancianos solos a los que se puede invitar a entrar en casa para compartir una comida; hombres, mujeres y niños que esperan una palabra amistosa. Los pobres nos salvan porque nos permiten encontrar el rostro de Jesucristo.

A los ojos del mundo, no parece razonable pensar que la pobreza y la indigencia puedan tener una fuerza salvífica; sin embargo, es lo que enseña el Apóstol cuando dice: «No hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor» (1 Co 1,26-29). Con los ojos humanos no se logra ver esta fuerza salvífica; con los ojos de la fe, en cambio, se la puede ver en acción y experimentarla en primera persona. En el corazón del Pueblo de Dios que camina late esta fuerza salvífica, que no excluye a nadie y a todos congrega en una verdadera peregrinación de conversión para reconocer y amar a los pobres.

10. El Señor no abandona al que lo busca y a cuantos lo invocan; «no olvida el grito de los pobres» (Sal 9,13), porque sus oídos están atentos a su voz. La esperanza del pobre desafía las diversas situaciones de muerte, porque él se sabe amado particularmente por Dios, y así logra vencer el sufrimiento y la exclusión. Su condición de pobreza no le quita la dignidad que ha recibido del Creador; vive con la certeza de que Dios mismo se la restituirá plenamente, pues él no es indiferente a la suerte de sus hijos más débiles, al contrario, se da cuenta de sus afanes y dolores y los toma en sus manos, y a ellos les concede fuerza y valor (cf. Sal 10,14). La esperanza del pobre se consolida con la certeza de ser acogido por el Señor, de encontrar en él la verdadera justicia, de ser fortalecido en su corazón para seguir amando (cf. Sal 10,17).

La condición que se pone a los discípulos del Señor Jesús, para ser evangelizadores coherentes, es sembrar signos tangibles de esperanza. A todas las comunidades cristianas y a cuantos sienten la necesidad de llevar esperanza y consuelo a los pobres, pido que se comprometan para que esta *Jornada Mundial* pueda reforzar en muchos la voluntad de colaborar activamente para que nadie se sienta privado de cercanía y solidaridad. Que nos acompañen las palabras del profeta que anuncia un futuro distinto: «A vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminaré un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra» (Mal 3,20).

Vaticano, 13 de junio de 2019

Memoria litúrgica de san Antonio de Padua

Francisco

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, 18 de noviembre de 2018

Veamos tres acciones que Jesús realiza en el Evangelio.

La primera. En pleno día, *deja*: deja a la multitud en el momento del éxito, cuando lo aclamaban por haber multiplicado los panes. Y mientras los discípulos querían disfrutar de la gloria, los obliga rápidamente a irse y despide a la multitud (cf. *Mt* 14,22-23). Buscado por la gente, se va solo; cuando todo iba “cuesta abajo”, sube a la montaña para rezar. Luego, en mitad de la noche, desciende de la montaña y se acerca a los suyos caminando sobre las aguas sacudidas por el viento. En todo, Jesús va contracorriente: primero deja el éxito, luego la tranquilidad. Nos enseña *el valor de dejar*: dejar el éxito que hincha el corazón y la tranquilidad que adormece el alma.

¿Para ir a dónde? Hacia Dios, rezando, y hacia los necesitados, amando. Son los auténticos tesoros de la vida: Dios y el prójimo. Subir hacia Dios y bajar hacia los hermanos, aquí está la ruta que Jesús nos señala. Él nos aparta del recrearnos sin complicaciones en las cómodas llanuras de la vida, del ir tirando ociosamente en medio de las pequeñas satisfacciones cotidianas. Los discípulos de Jesús no están hechos para la predecible tranquilidad de una vida normal. Al igual que el Señor Jesús, viven su camino ligeros, prontos para dejar la gloria del momento, vigilantes para no apegarse a los bienes que pasan. El cristiano sabe que su patria está en otra parte, sabe que ya ahora es —como nos recuerda el apóstol Pablo en la segunda lectura— «conciudadano de los santos, y miembro de la familia de Dios» (cf. *Ef* 2,19). Es un ágil viajero de la existencia. No vivimos para acumular, nuestra gloria está en dejar lo que pasa para retener lo que queda. Pidamos a Dios que nos parezcamos a la Iglesia descrita en la primera lectura: siempre en movimiento, experta en el dejar y fiel en el servicio (cf. *Hch* 28,11-14). Despiértanos, Señor, de la calma ociosa, de la tranquila quietud de nuestros puertos seguros. Desátanos de los amarres de la autorreferencialidad que lastran la vida, libéranos de la búsqueda de nuestros éxitos. Enséñanos, Señor, a saber *dejar*, para orientar nuestra vida en la misma dirección de la tuya: hacia Dios y hacia el prójimo.

La segunda acción: en plena noche Jesús *alienta*. Se dirige hacia los suyos, inmersos en la oscuridad, caminando «sobre el mar» (v. 25). En realidad se trataba de un lago, pero el mar, con la profundidad de su oscuridad subterránea, evocaba en aquel tiempo a las fuerzas del mal. Jesús, en otras palabras, va hacia los suyos pisoteando a los malignos enemigos del hombre. Aquí está el significado de este signo: no es una manifestación en la que se celebra el poder, sino la revelación para nosotros de la certeza tranquilizadora de que Jesús, solo él, derrota a nuestros grandes enemigos: el diablo, el pecado, la muerte, el miedo, la mundanidad. También hoy nos dice a nosotros: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo» (v. 27).

La barca de nuestra vida a menudo se ve zarandeada por las olas y sacudida por el viento, y cuando las aguas están en calma, pronto vuelven a agitarse. Entonces la emprendemos con las

tormentas del momento, que parecen ser nuestros únicos problemas. Pero el problema no es la tormenta del momento, sino cómo navegar en la vida. El secreto de navegar bien está en invitar a Jesús a bordo. Hay que darle a él el timón de la vida para que sea él quien lleve la ruta. Solo él da vida en la muerte y esperanza en el dolor; solo él sana el corazón con el perdón y libra del miedo con la confianza. Invitemos hoy a Jesús a la barca de la vida. Igual que los discípulos, experimentaremos que con él a bordo los vientos se calman (cf. v. 32) y nunca naufragaremos. Con él a bordo nunca naufragaremos. Y solo con Jesús seremos capaces también nosotros de alentar. Hay una gran necesidad de personas que sepan consolar, pero no con palabras vacías, sino con palabras de vida, con gestos de vida. En el nombre de Jesús, se da un auténtico consuelo. Solo la presencia de Jesús devuelve las fuerzas, no las palabras de ánimo formales y obligadas. *Aliéntanos*, Señor: confortados por ti, confortaremos verdaderamente a los demás.

Y tercera acción de Jesús: en medio de la tormenta, *extiende su mano* (cf. v. 31). Agarra a Pedro que, temeroso, dudaba y, hundiéndose, gritaba: «Señor, sálvame» (v. 30). Podemos ponernos en la piel de Pedro: somos gente de poca fe y estamos aquí mendigando la salvación. Somos pobres de vida auténtica y necesitamos la mano extendida del Señor, que nos saque del mal. Este es el comienzo de la fe: vaciarnos de la orgullosa convicción de creernos buenos, capaces, autónomos y reconocer que necesitamos la salvación. La fe crece en este clima, un clima al que nos adaptamos estando con quienes no se suben al pedestal, sino que tienen necesidad y piden ayuda. Por esta razón, *vivir la fe en contacto con los necesitados* es importante para todos nosotros. No es una opción sociológica, no es la moda de un pontificado, es una exigencia teológica. Es reconocerse como mendigos de la salvación, hermanos y hermanas de todos, pero especialmente de los pobres, predilectos del Señor. Así, tocamos el espíritu del Evangelio: «El espíritu de pobreza y de caridad —dice el Concilio— son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (Const. *Gaudium et spes*, 88).

Jesús escuchó el grito de Pedro. Pidamos la gracia de escuchar el grito de los que viven en aguas turbulentas. *El grito de los pobres*: es el grito ahogado de los niños que no pueden venir a la luz, de los pequeños que sufren hambre, de chicos acostumbrados al estruendo de las bombas en lugar del alegre alboroto de los juegos. Es el grito de los ancianos descartados y abandonados. Es el grito de quienes se enfrentan a las tormentas de la vida sin una presencia amiga. Es el grito de quienes deben huir, dejando la casa y la tierra sin la certeza de un destino. Es el grito de poblaciones enteras, privadas también de los enormes recursos naturales de que disponen. Es el grito de tantos Lázarus que lloran, mientras que unos pocos epulones banquetean con lo que en justicia corresponde a todos. La injusticia es la raíz perversa de la pobreza. El grito de los pobres es cada día más fuerte pero también menos escuchado. Cada día ese grito es más fuerte, pero cada día se escucha menos, sofocado por el estruendo de unos pocos ricos, que son cada vez menos pero más ricos.

Ante la dignidad humana pisoteada, a menudo permanecemos con los brazos cruzados o con los brazos caídos, impotentes ante la fuerza oscura del mal. Pero el cristiano no puede estar con los brazos cruzados, indiferente, ni con los brazos caídos, fatalista: ¡no! El creyente *extiende su mano*, como lo hace Jesús con él. El grito de los pobres es escuchado por Dios. Pregunto: ¿y nosotros? ¿Tenemos ojos para ver, oídos para escuchar, manos extendidas para ayudar, o repetimos aquel “vuelve mañana”? «Es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos» (*ibíd.*). Nos pide que lo reconozcamos en

el que tiene hambre y sed, en el extranjero y despojado de su dignidad, en el enfermo y el encarcelado (cf. *Mt* 25,35-36).

El Señor extiende su mano: es un gesto gratuito, no obligado. Así es como se hace. No estamos llamados a hacer el bien solo a los que nos aman. Corresponder es normal, pero Jesús pide ir más lejos (cf. *Mt* 5,46): dar a los que no tienen con qué devolver, es decir, amar *gratuitamente* (cf. *Lc* 6,32-36). Miremos lo que sucede en cada una de nuestras jornadas: entre tantas cosas, ¿hacemos algo gratuito, alguna cosa para los que no tienen cómo corresponder? Esa será nuestra mano extendida, nuestra verdadera riqueza en el cielo.

Extiende tu mano hacia nosotros, Señor, y agárranos. Ayúdanos a amar como tú amas. Enséñanos a dejar lo que pasa, a alentar al que tenemos a nuestro lado, a dar gratuitamente a quien está necesitado. Amén.

«La esperanza de los pobres nunca se frustrará» (Sal 9,19)

La Biblia hebrea divide el Salmo 9, probablemente nacido como una composición única, en dos salmos, aunque desde el punto de vista formal entre el primero y el segundo no aparece el llamado “sobrescrito” (cfr. Salmo 9,1), o bien ese verso introductorio que contiene, a groso modo, indicaciones sobre el ciclo de pertenencia o de proveniencia al que hacía referencia el poema y otras sugerencias, incluso de tipo melódico, para la ejecución de la asamblea. Es precisamente a partir de esta división que se seguirá una doble numeración en el Salterio: el del *Texto Masorético* (Salmo 9.1.1-21 y el Salmo 10.1-18) y el de la versión griega de los *Setenta* (Salmo 9.1-39), este último seguido por la *Vulgata* de San Jerónimo. Nosotros seguiremos, en este escrito, la numeración hebrea aun observando que, a pesar de esta división, la referencia recíproca de símbolos, imágenes, términos y motivos presentes en los dos Salmos deja intuir un único entretejido compositivo. Para dar testimonio de su unidad, también interviene la elección estilística de la forma acróstica mediante la cual el autor inicia las diversas agrupaciones de los versos siguiendo la sucesión de consonantes del alfabeto hebreo. Este sistema que concierne a ambos Salmos, a pesar de las dificultades filológicas debidas a la transmisión incompleta del texto, no solo sugiere la unidad de los dos cantos, sino que también deja intuir la naturaleza orgánica de los argumentos tratados comprendidos en un único procedimiento alfabético que, en la intención del autor, debía contener todo lo que podía y debía decirse (de la A a la Z, del *Aleph* al *Tau*) sobre el tema afrontado en el poema, incluso con inevitables obviedades y paradojas provocativas. Por esta razón, el artificio estilístico del acróstico daba no solo una cierta unidad al material, sino que al mismo tiempo favorecía el aprendizaje nemotécnico del texto y desempeñaba, sobre todo, una función de orientación de la interpretación de la composición.

De hecho, el poema, considerado en su totalidad, puede dividirse en dos partes: la primera es una oración de alabanza y de acción de gracias (9,2-21), la segunda es más bien una súplica hecha con la forma clásica de la lamentación (vv. 22-39, o Sal 10.1-18). Este díptico dice mucho sobre los *'anawim* (literalmente: “los que están doblados”, que se puede entender en un doble sentido: socialmente oprimidos, pero sometidos confiadamente a Dios), sobre el comportamiento de Dios hacia ellos, sobre la actitud de confianza del creyente y, por tanto, sobre la suerte del pobre y, en definitiva, sobre su esperanza (cfr. Sal 9,19).

Paradójicamente, según la disposición del material, es precisamente la segunda parte la que permite identificar el tema de fondo, con sus desarrollos y sus implicaciones en el plano de la existencia, argumentos que se refieren entre sí dentro de una urdimbre, a veces indescifrable, y que se desarrollan en una trama entre las dos partes del salmo hasta el punto de llamar al mismo Dios en causa a través de una pregunta (cfr. Sal 10,1ss) muy frecuente en los labios humanos y en las mismas páginas bíblicas: ¿cómo es posible hablar de justicia divina siendo que el hombre no conoce su curso y no entiende su significado? Será, por lo tanto, la segunda parte de la composición poética a plantear la cuestión de la “teodicea” a través del reclamo a varias aporías que parecen enojarse sin disturbarse en el mundo. Uno de los recursos literarios radica en la descripción del contexto humano, “demasiado humano”,

del poderoso que – poniendo la confianza solo en sí mismo, en sus propias fuerzas y en sus codiciadas riquezas – aparece, en su impropia autonomía y en su asfixiada autorreferencial, preocupado de Dios y de las necesidades de los pobres (cfr. en particular Sal 10,1-11).

Precisamente los pobres vienen señalados en los dos Salmos con un vocabulario muy amplio y especializado: además de los *'anawim* (que, como se decía, son los sumisos, los que están a merced de los poderosos y de los impíos), están en 9,19 los *'ebijônîm* (“los que desean”, los indigentes), luego está el oprimido (*dak*, el que está aplastado, cfr. 9,10; 10,18; situación también expresada con términos que hacen referencia a la raíz *hllk*, cfr. 10, 8.10.14), el inocente (*naqî*, en 10,8) acosado por los mismos jueces y el huérfano (*jatôm*, en 10,14.18) que, junto con la viuda, indica el abandonado, el que ya no tiene puntos de referencia ni siquiera en la familia o entre sus parientes. Sin embargo, todos ellos tienen a Dios de su lado y pueden contar con el compromiso del Señor de ser su protector y libertador, el *go'el* (cfr. Lev 25,48: es un pariente que venga la sangre o que redime de la esclavitud a un familiar). Ya esta indicación sugiere de no reagrupar indistintamente a todos estos sujetos en la categoría impersonal de “pobreza”, sino considerarlos como personas puestas no en una condición estable o definitiva, sino en una “pausa” dentro de un camino de liberación, una “colocación provisoria”.

En el poema está, pues, la indicación del punto débil del impío que, en su opinión, se presenta satisfecho de sí mismo y no necesita la ayuda y la comprensión de los demás y de Dios mismo. El enemigo, el adversario, el violento, el malvado, el arrogante, el presuntuoso, el impostor son evocados incluso con el uso de imágenes de guerra. En el fondo de estos personajes así caracterizados existe la ilusión de la omnipotencia y, en consecuencia, la pretensión de tratar a los demás de acuerdo con el propio gusto, disponiendo de sus vidas y de sus bienes, comprando y vendiendo a los pobres por un par de sandalias, como diría Amos en su denuncia profética. Mirando todo esto desde la perspectiva final, se podría comparar esta descripción a la de un “acosador” que perpetra sus actos de intimidación con convicción y con certeza de éxito, tanto hacia Dios como hacia el hombre. De hecho, el acosador es una persona débil que piensa que es fuerte y que para demostrar su presunta fuerza sobre todo a sí mismo y luego también a los demás, busca someter a quién parece ser más débil que él o a quién, en esa determinada coyuntura histórica, se encuentra en esa condición de subordinación.

Así, en la segunda parte del Sal 9 (es decir, en el Sal 10) el orante denuncia la dinámica perversa de los malvados, sus subterfugios, las conspiraciones, los males hacia los “pobres”. Sin embargo, hay un elemento que agrega al acosador también la característica de la impiedad: la matriz de sus acciones es esa forma de arrogancia típica de aquellos que no creen en Dios o de aquellos que creen que pueden vivir como si Dios no existiera (cfr. Sal 10,4). En este sentido, el malvado no es otro que el ateo, es decir, el que sigue, sin escatimar en opresión, arrogancia, maldad y mentiras, solo su interés temporal, su ventaja ocasional, su deseo miope y contingente, negando a Dios y despreciando o ignorando a los pobres. Aparentemente, esta arrogancia parece recompensar al soberbio (en Sal 10,5 se lee: “sus hazañas siempre tienen éxito”), motivo por el cual se pregunta si realmente Dios se ha olvidado del justo. Frente a esto, se establece un punto firme: el justo es firme en su fe y continúa invocando al Señor (cfr. Sal 10,12-18). A este respecto, se ha señalado que los pobres y los oprimidos, que son en última instancia los “justos” según el Altísimo, son aquellos que “confían en el Señor”,

“reconocen su presencia” y “lo buscan”. Así el Señor, escuchando el clamor de los pobres (cf. Sal 9,20-21; Sal 10,12-13) “se levanta” y restablece la justicia humillando a los poderosos y exaltando al justo (cfr. Sal 10,14-18; cfr. también Lc 1,52). En este punto, la composición termina con una profesión de fe en Dios que no solo no olvida del pobre, sino que se ofrece al necesitado, con una imagen reflexiva de protección y custodia –como su refugio. Por otro lado, el Señor siempre ha actuado de esta manera porque este es su “estilo”. De hecho, a partir de la consideración de la historia de la salvación, el autor comprende que puede confiar en Dios porque él sostendrá – como siempre – su causa.

El proceso interpretativo de los dos Salmos llegados a este punto – proponiendo como estación inicial el Salmo 10, incluso antes de la implicación en la oración de alabanza del Salmo 9 – parece desequilibrado. Sin embargo, esta inversión de la lectura está justificada por el hecho de que el testimonio de acción de gracias por la victoria del creyente/orante sobre sus enemigos declarados de antemano está fundada en la certeza que el salmista tiene en la fidelidad de Dios a su alianza y a sus promesas. El autor, por lo tanto, primero agradece y luego expresa, a través del trabajo de las cuestiones que su existencia concreta le plantea, su sumisión libre a la misteriosa voluntad de Dios, que ha sido, es y será para siempre “digna de fe”. Dentro de estos abismos existenciales no falta la tentación de desistir. Pero la acción de gracias que precede a la súplica o, mejor dicho, la alabanza insertada en el horizonte más amplio y variado de la existencia del creyente sugiere al hombre de permanecer firme, no solo cuando se coloca frente al mal y a sus ardientes consecuencias y contradicciones, pero sobre todo cuando el creyente vive en ese empinado círculo lleno de perversión, prevaricación, crueldad, ateísmo, dentro del cual el justo debe mostrar – sin recomendaciones ni huidas – su forma diferente y alternativa de vivir: confiado en Dios y, por lo tanto, abierto a la esperanza.

En este punto, es justo observar que dentro del Salmo también hay una dinámica “contemplativa” que se ve donde la oración del individuo se convierte en una invitación a toda la asamblea a unirse al mismo himno de acción de gracias (cfr. Sal. 9,12-13). En verdad, incluso cuando solo hay una persona para expresarse, en el Salmo se recogen – a través del uso realista y evocador de la palabra humana – los sacrificios, las decepciones, los desastres, las tragedias, los deseos, las expectativas, las satisfacciones, las alegrías y las esperanzas que se convierten en sentimiento común y realidad compartida. Es esta confianza compartida la que predispone a la contemplación.

La *contemplación* – que en sí misma es “visión” o “teoría” – puede expresarse con una palabra presente en algunos textos profanos de la literatura griega. El término – hermoso, evocador y expresivo – es *synèidon*: *syn* significa “con”, “juntos” y recuerda la “compañía”, la “comunidad”; *èidon* indica la mirada, *èidon* es la visión. En un sentido muy genérico, puede entenderse como “ver”, pero en realidad recuerda la idea de “abrazarse con la mirada”, es decir, “comprender (*syn*) todo con la misma mirada”: es como si quisiera hacer que otros participaran en lo que veo, mientras que yo mismo soy parte de lo que otros tienen la alegría de ver a través mío que los implico en mi propia visión (cfr. 1Jn 1,1-4). Con un ligero forzamiento se puede decir que la contemplación, la que queremos indicar con *synèidon*, significa hacer que otros participen, comprendidos en una única visión, de lo que nos atrae y de lo que da sentido a nuestra vida: las cosas contempladas, abrazadas con la mirada, deben ser, a su vez, transmitidas a los demás, comunicadas a los demás, para que participen – en la fuerza del abrazo único – de la misma alegría y del sentido pleno y auténtico de la vida que

se ha descubierto. La contemplación es una mirada que se expande y una visión que envuelve e involucra.

Dentro de este proceso contemplativo destaca la esperanza. ¿Qué quiere decir el salmista cuando dice que “la esperanza de los pobres no perecerá” (Sal 9,19)? Significa que la persona que ora, que confía en la fidelidad del Señor, se siente involucrada en el abrazo de la mirada de Dios y quiere, a su vez, involucrar a otros en la misma visión, con la oración y con la vida. La esperanza así entendida (así como la contemplación) es una *dynamis* (un principio dinámico) que apunta a la transformación de la historia personal y comunitaria con acciones incisivas y eficaces. La provocación del salmista se materializa, por lo tanto, en los pliegues más ocultos de nuestra vida real y – sin flotar en las alturas eufóricas y aleatorias de las solas buenas intenciones – rompe las cadenas de los inalterables e inmutables hábitos, incluidos los religiosos.

En este sentido, el agradecimiento del salmista se expresa en el compartir la esperanza que es la certeza – fundada en el memorial de la historia de la salvación – de que el Señor escucha el grito de los pobres y apoya la causa del justo: todas las intervenciones salvíficas que el pueblo de Israel ha experimentado se convierten en ocasiones para seguir creyendo y esperando. Alrededor de esta esperanza se teje, también en los Salmos 9 y 10, la trama que entrelaza el misterio de Dios y el deseo del hombre. Dios, de hecho, cuida del pobre, está interesado en su futuro y se hace cargo de su futuro. Sin embargo, todo el itinerario de los dos Salmos quiere llevarnos a una comprensión: el verbo esperar no se conjuga en pasado, sino en futuro, colmado de todo el patrimonio de las obras realizadas por Dios que es digno de fe. Esperar, por lo tanto, significa saber que Dios cuida del hombre – sobre todo de los últimos y de los indigentes – sosteniéndolos y elevándolos. Sin embargo, este cuidado del otro también nos es confiada (cfr. Mt 25,31-46). Sucede, entonces, que, además de hacernos tener experiencia concreta de los límites humanos, el encuentro con el pobre nos permite relacionarnos con los demás reproduciendo el mismo “estilo” divino, lo que nos permite amar al Señor “no de palabra y de boca, sino de verdad y con obras” (cfr. 1Jn 3,18) curando las heridas de la carne del hombre, nos abre a la lógica del don y, sobre todo, nos da la ocasión de renovar la esperanza de nuestra salvación. Sí, para decirlo con palabras del Papa Francisco (*Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres*, 13 de junio de 2019, n. 9): “los pobres nos salvan porque nos permiten encontrarnos con el rostro de Jesucristo”.

Comentario

«La esperanza de los pobres nunca se frustrará» (Sal 9,19)

Si la condición de pobreza y de indigencia, de cualquier tipo (material, social, económica, cultural, espiritual...) genera siempre en la persona que la vive una forma de vaciamiento físico y espiritual y de pérdida existencial, al mismo tiempo genera en el que cree en un Dios personal y providente una pregunta penetrante y una revuelta interior: ¿cómo puede este Dios a quien ya he conocido como liberador de la condición del mal (ver Es 3,7-10), como un padre interesado por mi bien (ver Is 63,16; 64,7), como un compañero capaz de unirse a mis sufrimientos (ver Lc 24,15), cómo puede permitir el sufrimiento de los pobres? Pero, sobre todo, ¿cómo puede permitir que hombres y mujeres que deberían estar unidos a mí por lazos de comunión y pertenencia social y religiosa se conviertan en cambio en enemigos listos para aprovechar su condición para obtener ventajas personales, olvidando el deber de la fraternidad y de la amistad?

Hemos tratado de resumir en breves palabras el tema del Salmo 9 del cual se ha extraído el versículo objeto de nuestra reflexión. Pero para comprender bien nuestro salmo debemos leerlo en unidad con el Salmo 10, dividido del anterior en la tradición del texto hebreo, pero seguramente debe ser considerado como la segunda parte de una única oración: basta, como un indicio seguro, el hecho de que se trata de un salmo alfabético, donde cada estrofa comienza con una letra diferente del alfabeto; Este recurso literario adecuado para la memorización comienza en el Salmo 9 y termina en el Salmo 10.

El salmo 9-10 se divide en 3 partes:

- 9,2-13: una solemne acción de gracias a Dios que se abre a la alabanza y en la que se celebra al Señor, rey y juez, que juzga a los opresores y salva a los pobres;

- 9,14-21: una sincera súplica a Dios en la que el salmista ya celebra el juicio sobre los opresores y la liberación de los pobres;

- 10,1-18: un intenso lamento hacia Dios en el que se describe la situación de opresión de los pobres y se invoca la realización de sus expectativas de bien.

Si comentamos el versículo 19, veremos quiénes son los pobres para el salmista, es importante entender quiénes son los “opresores” para él. Para ellos, el término “gentiles”, “paganos” (presente en el original 6 veces, en 9,6.16.18.20.21; 10,16) se usa varias veces: pero no debemos pensar aquí en los pueblos enemigos de Israel (indicado en 9,9 y 12 con términos diferentes), sino más bien a aquellos que “han olvidado a Dios” (9,18) y que, por esta razón, deben ser comparados con los paganos, con aquellos que no conocen a Dios y que no han hecho experiencia de su salvación y de su alianza. Estos se han “olvidado”, como si se hubieran perdido, de su propia humanidad (9,20), maldicen a Dios (10,3), es más, están convencidos de que Dios no se interesa por el pobre (por lo que es como si no existiese... 10,4.11.13) y debido a esto se vuelven injustos, aprovechándose de él a través del engaño, el subterfugio, la injusticia y la violencia (10,7-10). No es la pertenencia externa al pueblo de los creyentes lo que califica a una persona: el que oprime al pobre, incluso si es un creyente,

es un hombre que ha perdido su humanidad y que se ha convertido en un enemigo de Dios; cualesquiera que sean sus convicciones, es un sin Dios. “Ateo” para el salmista es aquel que, perdiendo su humanidad en la opresión del pobre, rechaza a aquel Dios que es “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Sal 68,6): los huérfanos y las viudas eran las categorías de pobres sociales y económicos por excelencia en el antiguo Israel). No reconociéndose como hermano del pobre, el opresor ni siquiera puede estar en relación con Dios: el que no reconoce a Dios en el pobre no puede conocer a Dios.

Finalmente llegamos a nuestro versículo. Nuestro lema se presenta, por lo tanto, como el segundo hemistiquio de un verso hebreo, construido, siguiendo las reglas habituales de la tradición hebrea/bíblica, de acuerdo con el “paralelismo” entre las dos partes del verso: las dos secciones se corresponden, se iluminan y se complementan entre sí. Aquí está el versículo completo:

*Porque los pobres nunca serán olvidados,
la esperanza de los pobres nunca se frustrará.*

Ahora démosle a este texto una traducción más literal que nos permitirá profundizar en el pensamiento del salmista:

*Así es, el necesitado nunca será olvidado,
la espera del bien para el pobre no se frustrará por toda la duración del tiempo futuro.*

El verso es introducido por una partícula que, aunque también puede tener un valor causal (“por qué”), preferimos presentarlo como “así es”, casi como si el autor del salmo dijera: “lo que te estoy diciendo es el fundamento de la esperanza, no es mi opinión sino la certeza de la fe lo que da origen a mi pensamiento y a mi confianza en Dios”.

El “necesitado”, aquí se entiende, según el significado del término original, como quien vive en una condición social y económica completamente desfavorecida, está constantemente bajo la mirada de Dios (“no será olvidado”: según un expediente habitual en la Escritura es realmente Dios, el sujeto implícito de la frase pasiva). Si los opresores “olvidan” su humanidad, aplastando a los pobres, Dios “no lo olvida”. Y no lo olvida “nunca”. Refiriéndonos a la etimología del término traducido como “nunca” (que deriva de la raíz de “brillar”) podríamos parafrasear la expresión: “mientras las estrellas brillen en el cielo, Dios no olvidará a los que sufren en la pobreza”. Esas estrellas que “brillan” y “brillan” en el cielo y fueron la señal de la promesa de Dios a Abraham (cfr. Gen 15,5) ahora serán la señal de que Dios no olvida a los pobres ... Y como Abraham creyó “contra toda esperanza” (cfr. Gen 15,6; Rom 4,18-21; Heb 11,8-18) y ha visto cumplida su expectativa, así también los pobres pueden estar seguros de la benevolencia y la bendición de Dios en su vida.

El “miserable” – entendido aquí según el significado del término original, es decir, como alguien que ha sido reducido a una condición de aflicción, miseria, necesidad o pobreza de cualquier tipo – lleva dentro de sí un deseo de redención y de vida que no puede perderse como si fuera un animal perdido en el desierto (este es el sentido etimológico del verbo que

hemos tomado como “andar frustrado”). Cómo el Señor Jesús persigue y recoge a la oveja perdida para que no deambule sin rumbo y a merced de los peligros (cfr. Lc 15,4-7 y Mt 18,12-14), así no dejará que caiga en el vacío, vagando en la desesperación y la frustración, aquella esperanza del pobre que espera el cumplimiento de las promesas de bien de Dios. Y esto sucederá “por toda la duración del tiempo futuro”: no es una promesa destinada a los últimos tiempos o a situaciones y contingencias especiales de la historia, o tal vez a clases sociales particulares, pueblos o personajes particularmente afortunadas, sino que está destinada para cada tiempo, por tanto, para cada pobre, cualquiera que sea su condición, porque el cumplimiento de la promesa de Dios no tiene límites de tiempo y, por tanto, tampoco de lugar o condición.

En conclusión, podemos decir que el salmo no nos proporciona ningún manual de redención social del pobre listo para usar como si fuera un protocolo a seguir en sus diversos pasajes: la Palabra de Dios funda, sin embargo, nuestra fe y, por tanto, alimenta nuestra esperanza porque nos dice que aquellos que oprimen a los pobres pierden su humanidad y pierden también la relación vital con Dios; y nos dice cómo Dios actúa siempre a favor del pobre y, en consecuencia, nos ayuda a comprender cómo debe actuar también el creyente. Si Dios nunca abandona al pobre, entonces el creyente está llamado a seguir su ejemplo y a conformarse con su Dios (ver, por ejemplo, Lv 11,45 y 19,2; Mt 5,48; Fil 2,5).

1.

“La esperanza de los pobres nunca se frustrará” (Sal 9,19)

“La esperanza de los pobres nunca se frustrará”

Estas palabras del salmista suenan como una respuesta completa y pertinente a la arrogancia de los gobernantes u opresores contra los humildes, los pobres, el sufrimiento de los inocentes. Pero también es un grito, que hoy, una vez más, resuena en la Iglesia, en cada comunidad cristiana, que ha experimentado que el “Verbo se hizo carne” (Jn 1,14) para nosotros. Pero ¿cómo podemos escuchar este grito, responderlo, sentirlo como parte de nosotros mismos? ¿Quién de nosotros no ha experimentado, dentro y fuera de sí mismo, la sensación de ser atacado por sonidos, por palabras que ensordecen nuestro día e incluso nuestra noche, pensando que el nuevo día podría ser peor que el anterior? ¿Cómo podemos soportar la desilusión de la vida, sin ver una puerta de esperanza? Cuántas veces, quizás inconscientemente, incluso como una broma, hemos escuchado o dicho que “la esperanza es la última en morir”, o “mientras hay vida hay esperanza”. ¿Pero qué significa todo esto para nosotros, los hombres de hoy?

“El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias” (Sal 34,7): este versículo que nos acompañó el año pasado y que aún resuena en nuestros oídos, no siempre en sintonía con la condición de los pobres, nos impulsa nuevamente hacia el mismo mundo, cargado de más sufrimiento, pero con una visión y certeza nuevas: “La esperanza de los pobres nunca se frustrará”. Dios no olvida el clamor de los pobres. Para ellos, toda decepción humana será superada por la esperanza, porque “El Señor será refugio del oprimido, su refugio en los momentos de peligro (...) él recuerda y no olvida los gritos de los humildes” (Sal 9,10.13). El Señor no tolera el mal, por esto viene en ayuda de los pobres: “Escuchas, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? (...) ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe?” (Sant 2,5.14).

Dios siempre ha acompañado y sigue acompañando a su pueblo: siempre ha acompañado y nunca abandonó a Israel, a pesar de sus repetidas infidelidades; envió a su amado Hijo que nos amaba tanto, hasta el punto de dar su vida por cada uno de nosotros; como un Padre de bondad, no deja de seguir “con un corazón maternal” a la comunidad humana de hoy, con especial atención a los débiles, los pobres, a cualquiera que viva en una situación de dificultad. La advertencia del apóstol Santiago, por lo tanto, hoy se dirige a

nosotros, las comunidades cristianas, llamadas, más que ayer, a hacer visible nuestra fe a través de nuestro trabajo, pero sobre todo nuestro ser, de la misma manera en que Cristo vivió. toda su vida terrenal: ninguno puede sentirse exento de la preocupación por los pobres y por la justicia social. Somos una única fraternidad: el otro es el que me hace existir. Existo con los estímulos que me da el ambiente, el otro, el “tú” que me permite decir “yo”. El mundo, que a menudo parece caminar sin necesitar a Dios, necesita una fuerte inyección de humanidad para hacer visible esa caridad, hecha de esperanza. Muchas son las comunidades, compuestas por hombres y mujeres, que, de diversas maneras, a menudo poniendo en peligro sus vidas, continúan ofreciendo su acción social, educativa y pastoral en diversas y diversas partes del mundo, convirtiéndose en “auténticos testigos de la esperanza, que no defrauda”, (San Juan Pablo II 16.01. 1982) y, nuevamente el propio Papa, repetirá en Greccio, “trayendo a esta nuestra historia la Buena Noticia, que es un anuncio de esperanza, de reconciliación y de paz; resucitar a Cristo en el corazón de los hombres angustiados y oprimidos”.

¿Quiénes son los pobres de hoy?

El salmo nos proyecta a nuestro tiempo, se hace oración del hombre contemporáneo, a menudo desconsolado o decepcionado de sus expectativas, de su dignidad, tocando la parte más profunda de su ser y haciendo una experiencia concreta de su pobreza. ¿Pero quiénes son los pobres de hoy? La lista es larga; queda todavía, en primer lugar, la explosión de los inmigrantes que, a partir de un fenómeno de emergencia, se está convirtiendo en un fenómeno estructural global, que involucra a todo el mundo. A esta compleja realidad, podemos asociar todas las diversas formas de pobreza y sufrimiento que le siguen: familias enteras obligadas a abandonar una tierra de miseria y explotación; mujeres violadas, menores separados de sus madres y, a veces huérfanos de sus respectivos padres, naufragados en el mar, incluso antes de llegar a un puerto seguro; hombres lejos de su tierra natal, pero con tantas expectativas, a menudo decepcionados por la falta de trabajo, de un mínimo de “casa” propia, pero también porque son vistos, tal vez, como personas que crean inseguridad e inestabilidad social, no como un “posible recurso humano”. Todo esto constituye las nuevas formas de pobreza que, carentes de significado, provocan marginación, inquietud, el signo trágico de un viaje sin destino. Todas personas con tantas tristezas y angustias, con pocas esperanzas y, tal vez, con alguna alegría. Además, hoy en día es cada vez más difícil elaborar datos ciertos sobre su realidad, ya que es un fenómeno no exclusivamente vinculado a la condición económica, sino a motivos humanos de naturaleza familiar y de gran malestar social. Además de todo esto, no podemos olvidar la gran variedad de personas desempleadas o en paro presentes en nuestro territorio; de jóvenes que buscan un primer trabajo, o que a veces se aprovechan del consumo fácil de drogas, una peste que deja signos de contusiones muy diferentes, hasta hacer que el ser humano pierda su identidad. Si es cada vez más significativa y constructiva la presencia de los abuelos en el apoyo dado a sus hijos, ocupados en el trabajo, en el cuidado de sus nietos, podemos presenciar, por el contrario, la sensación de abandono experimentado por tantos ancianos, por la insignificancia de una vida sin una relación. Estas son solo algunas de las muchas caras de la pobreza, no siempre fáciles de identificar, pero que solo el amor evangélico, el contacto con el otro sabe discernir. “¿Cómo cantar un canto del Señor en tierra extranjera!” (Sal 137, 4): la oración se vuelve nostálgica por la patria y, como metáfora, por el momento en que uno era mejor, y luego en el corazón, el sentimiento de odio y venganza, cuando la vida se ve como un fracaso. Pero si el mundo, a menudo distraído por un torbellino de luces y falsos espejismos, olvida a aquellos que “en el tablero de ajedrez político cuentan

poco”, Dios “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1,52): Dios nunca decepcionará la esperanza de los pobres.

¿Cómo ser hombres de esperanza y cuidar de los pobres?

No es fácil ser testigos de la esperanza en una sociedad altamente materialista, nunca satisfecha con lo que se tiene y siempre buscando desesperadamente otra novedad, considerada ya vieja, inmediatamente después de la compra o consumo de algo. ¿Cómo, entonces, ser hombres de esperanza y convertirse en *el hermano* del hermano necesitado? Estas dos preguntas sacuden los fundamentos de nuestra vida cristiana: implican, de hecho, una nueva forma de ver, de sentir, de creer, de amar, pero sobre todo de actuar. Cuanto más se entra en la Palabra, más se convierte en un criterio de juicio para quien quiere ser fiel al Evangelio. “Presta al Señor quien se apiada del pobre, él le pagará su buena acción” (Prov 19,17). Acercar a los pobres significa reconocer la presencia de Dios, de Jesús, que nunca los rechaza, sino que los llama a sí mismo y los consuela. Pero para superar la opresiva situación de dependencia, de miseria y de pobreza, necesitan la presencia de hermanos y hermanas, que los hagan sentir amigos y familiares, más allá de las posibles diferencias religiosas, culturales y sociales. Solo así podrán sentir esperanza en un futuro “diverso” y descubrir la fuerza salvífica de su propia existencia. Solo así podremos convertirnos en portadores de esperanza en un mundo que, a pesar de tener hambre de esta esperanza, le resulta imposible obtenerla con su propio trabajo o comprarla con su propio dinero. De esta manera seremos hombres y mujeres, comunidades capaces de estar al lado del cansado y del desanimado, no tanto con palabras o condenas de un mundo que no gira de acuerdo con nuestros deseos, sino con un espíritu feliz, lleno de confianza y, por esta razón de esperanza, dispuestos a ayudarlo como el buen samaritano, reconociendo en él al mismo Cristo.

¿Cómo no defraudar la esperanza de los pobres?

Todos esos pequeños gestos de buena vecindad y de proximidad siguen siendo válidos; Al mismo tiempo, tratamos de dar sustancia y plena conciencia a nuestra relación con el otro: que él sienta en nuestros gestos un corazón atento a la escucha, a la ausencia de un juicio, con el calor del amor que logra romper el muro de la soledad; que pueda experimentar un intercambio que sabe combinar la claridad de la intención y la gratuidad del gesto, sin sentirse obligado a corresponder. Algunas palabras podrían acompañarnos en esta Jornada: “**Profundicemos**”. Sentémonos, “**Escuchemos**”, conocemos las historias de las “personas pobres que nos rodean”, partiendo de su perspectiva. “**Observamos**”, lo que desean hacer, sus aspiraciones y deseos más profundos. Ponte al lado de los llamados “otros” que nos dan tanto miedo y descubre que, después de todo, son como nosotros. Tienen nuestros propios deseos de encontrar a alguien que los ame, poder comer, formar una familia, vivir una vida ordinaria, pero “extraordinaria”. Cada uno, a su pequeñez, puede hacer algo para que muchos pequeños “niños Jesús” puedan venir a nosotros y seguir viviendo en este mundo. Aquí está la última palabra para este día: “**integrémonos**”. Entonces la palabra del Señor no solo seguirá siendo un hermoso libro histórico, sino que se convertirá cada vez más en la Palabra, una Palabra que se encarnará en nuestra existencia diaria.

Una propuesta, también, a nivel concreto: en un mundo de creencias en plural, en la familia, en el trabajo, en la escuela, en los autobuses, en el camino, en todas partes, es cada

vez más urgente la necesidad de un diálogo interreligioso, vivido después en la cotidianidad. Encontramos, por lo tanto, en esta *Jornada*, tanto a nivel personal como comunitario, un espacio de encuentro, sin tratar de convertir al otro, sino orientado únicamente a comprender al otro, en la búsqueda sincera de una auténtica convivencia humana. De esta manera “construimos la casa sobre roca”, poniendo nuestra esperanza en el perdón y en la reconciliación con el Padre, que Cristo ya nos ha dado con su muerte y resurrección. El ejercicio del respeto y el perdón será la forma principal de preservar la esperanza en nosotros mismos y difundirla donde vivimos y trabajamos. Trabajar en la esperanza: una realidad esencial como la caricia de una madre, dada al niño que ha engendrado. Si el amor se hace realidad en esa caricia materna, en el acto del perdón, la esperanza se hace realidad y se comunica.

2.

“La esperanza de los pobres nunca se frustrará” (Sal 9,19)

El clamor de los pobres es un auténtico acto de fe que revela el profundo significado de la búsqueda del hombre de relacionarse con Dios para encontrar justicia y refugio en él. En los Salmos se capta el deseo de esta relación en la que está involucrado el orante de todos los tiempos. En ellos se cristaliza la imagen del humilde en la actitud de total apertura del corazón al Altísimo. A sus oídos llega la injusticia de quien se siente víctima. Los pobres de la Biblia son los “*anawim*”, una categoría social que incluye indigentes, mendigos, indefensos, pobres, aquellos que están privados de todos los medios para sobrevivir. El *anaw* es expresión de una existencia colocada en el umbral, relegada en tensión dialéctica entre la vida y la muerte. Mucho más sugerente es la calificación del necesitado como el hombre que abre la puerta de su corazón sufriente para dejar espacio a la presencia de la Misericordia de Dios.

El Salmo 9 es un himno de acción de gracias al Señor que juzga con justicia y rectitud. Es precisamente el oprimido de todos los tiempos quien entiende el alcance salvador de su acción en la historia. Los *anawim* del Salmo no aparecen como simples mendigos que deambulan por las calles pidiendo comida para vivir; son hombres que en su creaturalidad se reconocen necesitados y buscan en Dios las condiciones para saciar la indigencia de su naturaleza. El hombre de todas las épocas, iluminado por la luz de la fe, logra captar, en la alabanza del Salmo, las huellas que lo llevan de regreso a su propia historia y el camino que guía a la meta del encuentro con la Divina Misericordia, fuente de una esperanza inextinguible. El Salmo 9 tiene las características que lo hacen catalogable en uno de los ejemplos típicos de salmos alfabéticos, con la peculiaridad estilística de que cada dos versos, la primera palabra comienza con la letra del alfabeto hebreo en forma progresiva. Es interesante ver en este artificio retórico un mensaje sugerente. El lenguaje humano que se combina con las letras del alfabeto y la oración del salmista se entrelazan para formar un solo idioma, el del hombre que habla a su Dios en oración y el del Dios que habla al hombre en las Escrituras. Hacer experiencia del misterioso proyecto del Altísimo, reconocerlo presente en la historia de cada hombre, activa la dinámica del recordar, es decir, de volver a sentir en el corazón los signos de Su omnipotencia. Un corazón abrumado por la riqueza pierde la

capacidad de hacer memoria, es difícil regocijarse, deja de alabar, no siente compasión por los que sufren y por los que lloran una injusticia demasiado pesada para soportar. Las páginas del Apocalipsis reflejan el drama en el que el hombre que es relegado a la prisión de la riqueza. “Porque dices: yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas” (Ap 3,17-18). El corazón libre de los pobres sabe captar, aunque con dificultad, la invitación providente de Dios: “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). El Salmo 9 expresa la idea de la divina Providencia, traduciéndola en una canción de alabanza y acción de gracias. La experiencia vivida por la persona que reza es la de haber disfrutado de los beneficios derivados de la fidelidad de Dios. De esta certeza providencial surge la alabanza, que es la narración de todas las obras prodigiosas realizadas por Él. La motivación para alabar nace del corazón del salmista que ve retroceder a sus enemigos: orgullosos, ricos y opresores. La huida es un signo de su caída. Los poderosos piensan en vano poder prevalecer con la soberbia y sus tentativas de opresión.

Pero Dios hace justicia al pobre al tomar en serio su destino. Al hacer justicia, levanta su voz y su reproche es suficiente para debilitar la arrogancia de los enemigos. Incluso su memoria se destruye, las ciudades que alguna vez dominaron son silenciadas a la sombra del silencio. “Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron, su pie quedó prendido en la red que escondieron. Vuelvan al abismo los malvados, los pueblos que olvidan a Dios” (Sal 9,16-17). Desde lo alto de los cielos continúa el control vigilante de Dios sobre el mundo, su gobierno persiste por los siglos de los siglos, administrando con justicia y equidad entre los pueblos. El Señor realmente demuestra ser el único refugio para los oprimidos. Ante la injusticia humana, el acoso y el abuso, el pobre que no puede hacer nada por sí mismo, sabe que puede contar con la protección divina. Es la experiencia del refugio que involucró a muchos personajes de la Biblia. Es suficiente recordar la historia de Job gritando su inexplicable pobreza con dolor y sufrimiento: “¿Si supiera al menos encontrarlo, si pudiese entrar en su morada!... conocería los términos de su respuesta, sabría lo que quiere decirme. ¿Usaría en el pleito su gran fuerza? No creo; me escucharía con atención... Por eso tengo miedo de verlo, pienso en ello y me espanto. Dios me ha acobardado, me ha aterrorizado el Todopoderoso” (Job 23,3.5-6.15-16).

Job, el pobre hombre que permanece fiel, incluso se atreve a invocar la muerte: “¿No es breve mi vida? ¡Déjame! Aléjate de mí, deja que disfrute un poco, antes de que vaya, para no volver, al país tenebroso, de sombras de muertos, al país lúgubre como la oscuridad, con sombras de muertos, sin orden, donde la luz es pura oscuridad” (Job 10,20-22). En efecto, no es posible comprender completamente el diseño de Dios, uno nunca puede dar una explicación cierta y exhaustiva del sufrimiento de los pobres. Sin embargo, cuando la conciencia de no haber sido abandonada surge en el corazón del hombre, cuando experimenta su presencia salvadora, el encuentro con el Señor tiene lugar cara a cara. “Es cierto, hablé de cosas que ignoraba, de maravillas que superan mi comprensión... Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos” (Job 42,3.5). El grito de Job, el grito de toda persona pobre no es la forma de protestar contra la indiferencia de Dios, sino el intento extremo de aquellos que se abandonan a su protección. En el corazón de cada creyente, a pesar de todas las opresiones y

la maldad del mundo circundante, habita el deseo de creer en el Dios bueno y misericordioso que continúa a amarnos, a pesar de su silencio que es incomprensible para nosotros. Incluso si a veces parece que no ve y no se interesa del pobre, dejándolo a merced de los malvados, este olvido es solo momentáneo y aparente. “Él no olvida jamás al pobre, ni la esperanza del humilde perecerá” (Sal 9,19). Si esto es así, si el Señor se ha mostrado activo en la defensa de los oprimidos, de manera espontánea surge la oración de justicia que abraza a los miserables de todos los tiempos y lugares: “Levántate, Señor, que el hombre no triunfe: sean juzgados los gentiles en tu presencia. Señor, infúndeles terror, y aprendan los pueblos que no son más que hombres” (Sal 9,20-21).

VIGILIA DE ORACIÓN

La esperanza de los pobres nunca se frustrará

Introducción

El texto de la Vigilia que se propone a las Comunidades retoma el tema contenido en el Mensaje del Papa Francisco para la III Jornada Mundial de los Pobres: “**La esperanza de los pobres nunca se frustrará**”.

Una estructura simple centrada en la escucha de la Palabra de Dios, que a través de comentarios y testimonios quiere despertar en el corazón de todos la *com-pasión* de Dios que en el hombre se convierte en certeza de esperanza de que su grito no será ignorado.

Durante el canto inicial se introducirá el Libro de las Sagradas Escrituras, será la señal que acompañará el momento de la oración. Como sucede en la Celebración de la Eucaristía, antes de acercarse al Misterio es necesario preparar el corazón pidiendo ser tocado por la fuente de la Misericordia que genera el perdón, se propone un momento penitencial y, posteriormente, la invocación del Espíritu Santo que es el preludio a la escucha de la Palabra de Dios.

La elección de las lecturas se puede ampliar o modificar a discreción de quienes organizan la Vigilia, manteniendo el tema principal de la esperanza que nunca será decepcionado.

Algunos pasajes del Mensaje del Papa Francisco para la III Jornada Mundial de los Pobres, las invocaciones y los testimonios ayudan a profundizar los temas bíblicos propuestos. También sugerimos la posibilidad de preparar una breve meditación, o elegir un testimonio, a proponer a quienes participarán en el momento de la oración.

Las canciones, las invocaciones y los testimonios pueden cambiarse según las necesidades o las diversas situaciones en las que se propone este momento de oración.

Canto de entrada

Entronización del Libro de las Escrituras. En el centro del presbiterio se prepara un atril cubierto y bien decorado que acogerá el libro de las Sagradas Escrituras. Un presbítero, o un diácono, durante el canto de entrada traerá del fondo de la Iglesia el libro acompañado de cuatro lámparas. Al llegar al presbiterio, mostrará a los fieles el Libro de las Escrituras, lo pondrá en el lugar preparado y lo incensará.

Al llegar a la sede introduce la oración:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La asamblea responde: Amén.

El Sacerdote: Hermanos y hermanas, nuestro Santo Padre Francisco en su Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres nos recuerda que “La esperanza de los pobres nunca se frustrará” (cfr. Sal 9,19). Estas son palabras – continúa el Papa Francisco – de increíble

actualidad, una advertencia y una profunda llamada a todos los creyentes: es necesario “devolver la esperanza perdida a causa de la injusticia, el sufrimiento y la precariedad de la vida”. Durante este momento de oración escucharemos pasajes de la Palabra de Dios que deben ayudarnos a sacudir el letargo de la costumbre para abrir nuestros corazones y mentes a la novedad del Evangelio de Jesucristo. En el silencio del corazón miramos nuestras vidas e invocamos la misericordia de Dios nuestro Padre.

Breve pausa de Silencio.

Canto del Kyrie (M. Frisina)

Señor, que eres el defensor de los pobres, ten piedad de nosotros.

Kyrie, Kyrie, eleison.

Cristo, que eres el refugio de los débiles, ten piedad de nosotros.

Christe, Christe, eleison.

Señor, que eres la esperanza de los pecadores, ten piedad de nosotros.

Kyrie, Kyrie, eleison.

El Sacerdote: Dios Omnipotente, ten piedad de nosotros, tú que diste nueva luz a nuestros ojos, ayúdanos a reconocerte en los pobres y excluidos, y con la fuerza de tu misericordia condúcenos a la vida eterna.

La asamblea responde: Amén.

INVOCACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Himno Veni Creator Spiritus u otro canto a elección

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Un lector proclama el pasaje de la Escritura

DEL LIBRO DEL LEVÍTICO

19,1-2.9-19a

El Señor habló así a Moisés: «Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo.

Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás el campo, ni espigarás los restos de tu mies. Tampoco harás rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al emigrante. Yo soy el Señor vuestro Dios.

No robaréis ni defraudaréis ni os engañaréis unos a otros.

No juraréis en falso por mi nombre, profanando el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor.

No explotarás a tu prójimo ni le robarás. No dormirás contigo hasta la mañana siguiente el jornal del obrero.

No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezo al ciego. Teme a tu Dios. Yo soy el Señor.

No daréis sentencias injustas. No serás parcial ni por favorecer al pobre ni por honrar al rico. Juzga con justicia a tu prójimo.

No andarás difamando a tu gente, ni declararás en falso contra la vida de tu prójimo. Yo soy el Señor.

No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado.

No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.

Guardad mis leyes.

Palabra de Dios

El salmo se puede rezar en coros alternos

Del Salmo 9

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
proclamando todas tus maravillas;
me alegro y exulto contigo,
y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo.

*Porque mis enemigos retrocedieron,
cayeron y perecieron ante tu rostro.
Defendiste mi causa y mi derecho,
sentado en tu trono como juez justo.
Él juzgará el orbe con justicia
y regirá las naciones con rectitud.
Él será refugio del oprimido,
su refugio en los momentos de peligro.*

*Confiarán en ti los que conocen tu nombre,
porque no abandonas a los que te buscan.
Tañed en honor del Señor, que reside en Sion
narrad sus hazañas a los pueblos.*

Él recuerda
y no olvida los gritos de los humildes.
Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron,
su pie quedó prendido en la red que escondieron.
*El Señor apareció para hacer justicia,
y se enredó el malvado en sus propias acciones.
Él no olvida jamás al pobre,
ni la esperanza del humilde perecerá.*

Escuchando el magisterio...

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

[...] El salmista describe la condición del pobre y la arrogancia del que lo oprime (cf. 10,1-10); invoca el juicio de Dios para que se restablezca la justicia y se supere la iniquidad (cf. 10,14-15). Es como si en sus palabras volviese de nuevo la pregunta que se ha repetido a lo largo de los siglos hasta nuestros días: ¿cómo puede Dios tolerar esta disparidad? ¿Cómo puede permitir que el pobre sea humillado, sin intervenir para ayudarlo? ¿Por qué permite que quien oprime tenga una vida feliz mientras su comportamiento debería ser condenado precisamente ante el sufrimiento del pobre?

Este salmo se compuso en un momento de gran desarrollo económico que, como suele suceder, también produjo fuertes desequilibrios sociales. [...] Era una época en la que la gente arrogante y sin ningún sentido de Dios perseguía a los pobres para apoderarse incluso de lo poco que tenían y reducirlos a la esclavitud. Hoy no es muy diferente. La crisis económica no ha impedido a muchos grupos de personas un enriquecimiento que con frecuencia aparece aún más anómalo si vemos en las calles de nuestras ciudades el ingente número de pobres que carecen de lo necesario y que en ocasiones son además maltratados y explotados.

[...] Pasan los siglos, pero la condición de ricos y pobres se mantiene inalterada, como si la experiencia de la historia no nos hubiera enseñado nada. Las palabras del salmo, por lo tanto, no se refieren al pasado, sino a nuestro presente, expuesto al juicio de Dios.

También hoy debemos nombrar las numerosas formas de nuevas esclavitudes a las que están sometidos millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños.

Todos los días nos encontramos con *familias* que se ven obligadas a abandonar su tierra para buscar formas de subsistencia en otros lugares; *huérfanos* que han perdido a sus padres o que han sido separados violentamente de ellos a causa de una brutal explotación; *jóvenes* en busca de una realización profesional a los que se les impide el acceso al trabajo a causa de políticas económicas miopes; *víctimas* de tantas formas de violencia, desde la prostitución hasta las drogas, y humilladas en lo más profundo de su ser. ¿Cómo olvidar, además, a los millones de *inmigrantes* víctimas de tantos intereses ocultos, tan a menudo instrumentalizados con fines políticos, a los que se les niega la solidaridad y la igualdad? ¿Y qué decir de las numerosas personas *marginadas* y *sin hogar* que deambulan por las calles de nuestras ciudades?

[...] Para aumentar el drama, no se les permite ver el final del túnel de la miseria. Se ha llegado hasta el punto de teorizar y realizar una *arquitectura hostil* para deshacerse de su presencia, incluso en las calles, últimos lugares de acogida. Deambulan de una parte a otra de la ciudad, esperando conseguir un trabajo, una casa, un poco de afecto... Cualquier posibilidad que se les ofrezca se convierte en un rayo de luz; sin embargo, incluso donde debería existir al menos la justicia, a menudo se comprueba el ensañamiento en su contra mediante la violencia de la arbitrariedad. Se ven obligados a trabajar horas interminables bajo el sol abrasador para cosechar los frutos de la estación, pero se les recompensa con una paga irrisoria; no tienen seguridad en el trabajo ni condiciones humanas que les permitan sentirse iguales a los demás. Para ellos no existe el subsidio de desempleo, indemnizaciones, ni siquiera la posibilidad de enfermarse.

El salmista describe con crudo realismo la actitud de los ricos que despojan a los pobres: «Están al acecho del pobre para robarle, arrastrándolo a sus redes» (cf. *Sal* 10,9). Es como si para ellos se tratara de una jornada de caza, en la que los pobres son acorralados, capturados y hechos esclavos. En una condición como esta, el corazón de muchos se cierra y se afianza el deseo de volverse invisibles.

El contexto que el salmo describe se tiñe de tristeza por la injusticia, el sufrimiento y la amargura que afecta a los pobres. A pesar de ello, se ofrece una hermosa definición del pobre. Él es aquel que «confía en el Señor» (cf. v. 11), porque tiene la certeza de que nunca será abandonado. El pobre, en la Escritura, es el hombre de la confianza. El autor sagrado brinda también el motivo de esta confianza: él “conoce a su Señor” (cf. *ibíd.*), y en el lenguaje bíblico este “conocer” indica una relación personal de afecto y amor.

Estamos ante una descripción realmente impresionante que nunca nos hubiéramos imaginado. Sin embargo, esto no hace sino manifestar la grandeza de Dios cuando se encuentra con un pobre.

[...] Es precisamente esta confianza en el Señor, esta certeza de no ser abandonado, la que invita a la esperanza. El pobre sabe que Dios no puede abandonarlo; por eso vive siempre en la presencia de ese Dios que lo recuerda. Su ayuda va más allá de la condición actual de

sufrimiento para trazar un camino de liberación que transforma el corazón, porque lo sostiene en lo más profundo.

La descripción de la acción de Dios en favor de los pobres es un estribillo permanente en la Sagrada Escritura. Él es aquel que “escucha”, “interviene”, “protege”, “defiende”, “redime”, “salva” ... En definitiva, el pobre nunca encontrará a Dios indiferente o silencioso ante su oración. Dios es aquel que hace justicia y no olvida (cf. *Sal* 40,18; 70,6); de hecho, es para él un refugio y no deja de acudir en su ayuda (cf. *Sal* 10,14).

[...] La Iglesia, estando cercana a los pobres, se reconoce como un pueblo extendido entre tantas naciones cuya vocación es la de no permitir que nadie se sienta extraño o excluido, porque implica a todos en un camino común de salvación. La condición de los pobres obliga a no distanciarse de ninguna manera del Cuerpo del Señor que sufre en ellos. Más bien, estamos llamados a tocar su carne para comprometernos en primera persona en un servicio que constituye auténtica evangelización. La promoción de los pobres, también en lo social, no es un compromiso externo al anuncio del Evangelio, por el contrario, pone de manifiesto el realismo de la fe cristiana y su validez histórica. El amor que da vida a la fe en Jesús no permite que sus discípulos se encierren en un individualismo asfixiante, soterrado en segmentos de intimidad espiritual, sin ninguna influencia en la vida social (cf. Exhort. ap. [*Evangelii gaudium*](#), 183).

Canto

Invocaciones

A cada invocación rezamos juntos: *Ubi Caritas et amor* (Taizé)

Oh Señor, enséñanos la docilidad al Espíritu Santo, para que encienda ese fuego de amor que ha venido para traer el advenimiento del Reino.

Oh Señor, consuela a los que sufren, apoya a los que los sirven con amor, líbranos de todo peligro.

Oh Señor, que tu presencia sea un consuelo para aquellos que están enfermos; enséñanos a llevar contigo nuestra cruz diaria y haz que nos empeñemos fielmente al servicio de los pobres y los que sufren.

Oh Señor, creemos en ti y, confiando en tu intercesión, te confiamos el camino de la Iglesia, el crecimiento moral y espiritual de los jóvenes, todas las vocaciones en todas sus formas y el trabajo de la nueva evangelización.

Oh Señor, te agradecemos porque nos das constantemente tu confianza. Ayúdanos a tomar decisiones que sean conformes con el Evangelio, a empeñar nuestra libertad en el servicio a los demás y en el amor de Cristo para la gloria del Padre.

Oh Señor, tú escuchas siempre nuestras invocaciones. Enséñanos a bendecir al Padre en cada circunstancia de nuestra existencia y a reconocer en la Eucaristía el bálsamo que cura nuestras heridas y la comida que nos lleva a la vida eterna.

Después de una breve pausa de silencio meditativo, 4 lectores propondrán la escucha de los siguientes pasajes:

Verdad...

Primera homilía sobre el amor de los pobres, de Gregorio de Nisa, PG 46

El cristiano frente a la pobreza

El tiempo presente nos ofrece una gran abundancia de desposeídos y personas sin hogar. Un ejército de prisioneros de guerra está a las puertas de cada uno. No faltan extranjeros y exiliados. En todas partes se pueden ver manos extendidas que buscan. Como casa tienen el cielo abierto, como refugio los pórticos, los callejones y los barrancos desiertos de las plazas; como los búhos y las lechuzas, se esconden en las grietas de las paredes. Por vestidos tienen trapos gastados; por cosecha, la intuición de los misericordiosos; por comida, la que imploran de aquellos que encuentran por casualidad; por bebida, las fuentes como los animales; por copa, la concavidad de las manos; por despensa, el pecho, a menos que no desaparezca, pero conserva lo que se le pone; por reposo, las rodillas juntas; por cama, el suelo; por baño, el río o el estanque que Dios ha dado a todos, en común y sin arte. La vida errante y salvaje no les había sido asignada desde el principio, sino que deriva de la tribulación y de la miseria.

Tú que ayunas, provee a ellos. Sé generoso con los hermanos infelices. Lo que te quitas de la barriga dalo los pobres. El justo temor de Dios te hace igual: cura con tu sobriedad dos males que se enfrentan: tu saciedad y el hambre de tu hermano. Así hacen también los médicos: ponen a unos a dieta y someten a sobrealimentación a los otros, porque con la adición y la eliminación se regule la salud de cada uno. Dejaros persuadir por esta sana exhortación, la razón haga abrir las puertas de los ricos. El consejo pueda llevar a los pobres de los ricos. Mi discurso no debe enriquecer a los pobres. El verbo eterno de Dios les conceda una casa, una cama, una mesa. Si alivias con un discurso familiar la miseria con tus sustancias. Hay todavía personas enfermas y desafortunadas.

Cada uno se ocupe de los vecinos; no permitas que otro se interese del prójimo. Estate atento a que otro no se lleve el tesoro que se te ha confiado. Abraza al infeliz como el oro: cuida de sus enfermedades como de tu salud, como la de tu esposa, la de tus hijos, sirvientes y la de toda tu casa. El indigente enfermo es doblemente pobre. De hecho, los sanos necesitados van de puerta en puerta y se dirigen a los ricos. Sentándose en los cruces piden a todos los que pasan. Aquellos que padecen enfermedades, encerrados en los barrancos como Daniel en el pozo, te esperan a ti como Habacuc, providente y amante de los pobres (cf. Dn 14,31-39).

Hazte socio del profeta con la limosna. Corre, sin demora, para ayudar a los pobres. El don no es una pérdida. No tengas miedo: el fruto de la limosna germina en abundancia. Ofrece un vestido y llenarás la casa con manojos de espigas.

Dirás: yo también soy pobre. Será. ¡Vamos! Da lo que tienes. De hecho, Dios no pide nada que supera las fuerzas. Da un pan, a otro da un vaso de vino, a otro un vestido, y así contribuyes a aliviar la indigencia de uno. Moisés no recibió de uno solo los gastos de la tienda del encuentro, sino de todo el pueblo. Los ricos le habían dado, algunos, oro y otros, plata, el pobre cuero y el más pobre entre ellos lana (cfr. Es 10,3-5). ¿Ves cómo la moneda de la viuda era superior al oro de los ricos? Ella derramó todo lo que tenía; estos, en cambio, habían dado una pequeña parte (cfr. Mc 12,41-44).

Amor...

De los escritos sobre Santa Teresa de Calcuta

Anocheía en Calcuta. La Madre, como todos los días, no se había dado un respiro en el servicio amoroso y tierno a sus pobres. Ve a una pobre mujer y se acerca a ella. Levanta con la ternura habitual esos pocos andrajos que cubrían un físico devastado. Oh, Señor, ¡ten piedad! Qué historia de sufrimiento cuenta ese cuerpo demacrado, lleno de llagas y heridas. La Madre Teresa lava aquel cuerpo, pero las condiciones de aquella mujer parecen desesperadas. La Madre piensa en tratar de revivirla con cardiotónicos, y le hace preparar un caldo caliente. Pero, sobre todo, le da amor. La pobre mujer fija sus ojos en los de la monja. Con un susurro, le dice: “¿Por qué, por qué haces esto?” y la respuesta es inmediata, leve: “¡Porque te amo!” Estas son palabras que brotan de un corazón enamorado de Jesús. El rostro de la mujer moribunda, casi incrédulo, se colorea de luz. “¡Dilo de nuevo!”. “¡Te amo!”

“¡Otra vez, dilo otra vez!” Las manos de las dos mujeres se aprietan. Teresa se la acerca, para que vuelva a escuchar esas dulces palabras, las más bellas que un ser humano pueda escuchar, en sus últimas horas. Y la mujer muere, finalmente amada.

Justicia...

De los escritos de don Primo Mazzolari

El conocimiento partidista del pobre es preparado por un conocimiento abstracto. Estamos avergonzados de no haber visto esta o aquella película, de no haber leído tal libro, de no habernos acercado al hombre del día, y nadie se avergüenza de no haber visto al pobre.

¿Quién conoce al pobre?

¿Quién ha sentido el corazón?

¿Quién lo sigue en su cotidiano “via crucis”?

¡Hablamos de justicia y no sabemos dónde colocarla!

Necesitamos un altar para la ofrenda: y este altar es el pobre. Pero no sabemos cómo acceder porque nunca hemos visto al pobre. Demasiadas personas escapan para no encontrarse con él:

¡demasiadas personas aún no han reparado en el pobre, ni han soportado el olor del pobre! ¡Y a menudo son precisamente aquellos que de la mañana a la tarde solo hablan de justicia en nombre de los pobres!

Yo también tengo sed de justicia, pero me di cuenta de que justicia no es una palabra para la plaza en la víspera de las elecciones, o para el código que luego se lee como se lee: la justicia es hombro, brazo, mano, conciencia, corazón ...

Si no vemos así al pobre, si no lo aceptamos de esta manera, construiremos de nuevo nuestra pequeña justicia en la arena. Nos daremos leyes que tutelan con corazones que devoran. Sin la caridad del corazón, todo se convierte en un fuego devorador.

Misericordia...

Testimonio de un joven que participó en la *Jornada Mundial de los Pobres* con el Papa Francisco.

Ayer (19 de noviembre de 2017) pude participar en un evento que me conmocionó particularmente, a saber, la *Jornada Mundial de los Pobres* querida por el Papa Francisco.

Tan pronto como llegué a la sala, donde se serviría el almuerzo, me sentí “impulsado” a ponerme inmediatamente a disposición de colaborar para aliviar el ánimo de los “invitados” menos afortunados que habrían tomado parte, por primera vez, en este almuerzo con el Papa.

Hemos colaborado todos a preparar las mesas, organizar la sala, cantar, reír y bromear, acoger y hablar con todos los invitados.

Partiendo de las conversaciones más simples, como las presentaciones o interesarse por el estado de ánimo del momento, experimenté un nudo en el corazón, y en ciertos momentos tuve la sensación de que mi corazón se detenía.

Tuve la sensación de ser, por un momento, más pequeño que “un grano de mostaza”, te sientes afortunado de tener lo que tienes: aunque sea sólo una comida caliente y un techo, a diferencia de tantos participantes que ni siquiera tienen una cama donde poder descansar.

Solo en estos momentos uno se da cuenta de que no es necesario pensar “en el otro” demasiado distante de nosotros, al inmigrante en lugar del hermano de un país en guerra: muchos no piden nada y se conforman con una palabra, una pequeña atención y la cercanía de parte de quienes corren en el tráfico de la vida cotidiana sin mirar y sin darse cuenta de nada.

Algunos “invitados” me impresionaron por la historia de sus vidas, soy consciente de que a muchos de ellos nunca los volveré a ver, pero estoy igualmente convencido de que cada encuentro ha marcado mi camino.

Soy muy consciente de que no cambiaré mi naturaleza ni mi participación en la vida de los demás, pero como sucedió en el episodio evangélico de la curación del ciego de nacimiento, por parte de Nuestro Señor, que simplemente se untó el barro en los ojos y vio, a mí también

se me abrieron los ojos y el corazón, a través de la simplicidad y la autenticidad de mis “pobres” hermanos.

Reflexiones de quien preside

Breve pausa de silencio

ORACIÓN PARA LA III JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

El Sacerdote invita a la asamblea a la oración.

Dios y Padre de bondad,

Tú que escuchas el grito de tus Hijos y, en particular, el de aquellos que son pobres y carecen de lo necesario para vivir, escucha la oración que te dirigimos desde lo hondo de nuestro corazón.

Sabemos que no olvidas y no ignoras el llanto de tus hijos que sufren, porque conoces a cada uno por su nombre.

Hoy no sólo escuchas mi invocación, sino que también recibes la de todos aquellos que a veces olvidan dirigirse a ti. Escucha su profundo sufrimiento y dales paz y consuelo.

Oramos especialmente por aquellos que deben abandonar su tierra natal, por los refugiados, por los jóvenes sin esperanza, por las personas sin hogar, por las víctimas de la violencia, por aquellos que no tienen nada y que sufren de soledad y por todas las demás formas de pobreza que solo tú sabes.

Señor Jesús, tú que no tienes miedo de identificarte con todas las personas pobres, ayúdanos a acogerlas como sólo tú puedes hacerlo, para que gracias a nuestros pequeños gestos puedan sentirte a tu lado y encontrar la ayuda que esperan.

Haznos testigos de la esperanza cristiana, implicándonos con gozo en gestos de solidaridad y cercanía que son las semillas de Tu Reino.

AMÉN.

ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Quien preside:

Hermanos y hermanas, después de haber escuchado las palabras del Señor y de la Iglesia, conscientes de la necesidad de superar todas las formas de egoísmo para acceder al gozo de la acogida recíproca, invoquemos la ayuda del Padre celestial con las palabras que el Señor ha puesto en nuestros labios:

Todos:

*Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.
Amen.*

Oración

Quien preside:

Oremos.

Oh Dios, ayuda de los necesitados y consuelo de los pobres,
que en el ejemplo de tu Hijo Jesucristo
nos llamas a amar a los hermanos,
a escuchar su grito,
a ser signo de tu esperanza que nunca defrauda,
llénanos con tu caridad misericordiosa,
para que podamos responder generosamente a las necesidades
de los que llaman a la puerta de nuestro corazón.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios,
y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Bendición

El sacerdote con las manos extendidas sobre la Asamblea dice:

Oh Dios y Padre nuestro, tu misericordia es eterna,
sostiene a estos hijos tuyos para que guiados por Tu Palabra
nunca pierdan la senda del Amor que pasa
a través de los corazones de los hermanos marcados por la necesidad y el sufrimiento,
que tu Espíritu les de la fuerza, el coraje y la tenacidad
para ayudar a levantar a los que se han caído por la vida.
Por Cristo nuestro Señor.

La asamblea responde: Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

La asamblea responde: Amén.

Despedida:

P. Bendigamos al Señor.

R. Demos gracias a Dios.

O bien se puede continuar con la

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Mientras se expone el Santísimo Sacramento se realiza un canto de adoración:

ADORO TE DEVOTE

El coro:

1. Adoro te devote, latens Deitas,
quae sub his figuris vere latitas:
tibi se cor meum totum subiicit,
quia te contemplans totum deficit.

La asamblea:

2. Visus, tactus, gustus in te fallitur,
sed auditu solo tuto creditur:
credo quidquid dixit Dei Filius:
nil hoc verbo Veritatis verius.

El coro:

3. In cruce latebat sola Deitas,
at hic latet simul et humanitas:
ambo tamen credens atque confitens,
peto quod petivit latro poenitens.

La asamblea:

4. Plagas, sicut Thomas, non intueor:
Deum tamen meum te confiteor;
fac me tibi semper magis credere,
in te spem habere, te diligere.

El coro:

5. O memoriale mortis Domini!
Panis vivus vitam praestans homini!
Praesta meae menti de te vivere,
et te illi semper dulce sapere.

La asamblea:

6. Pie pellicane, Iesu Domine!
Me immundum munda tuo Sanguine:
cuius una stilla salvum facere
totum mundum quit ab omni scelere.

La asamblea:

7. Iesu, quem velatum nunc aspicio,
oro fiat illud quod tam sitio:
ut te revelata cernens facie,
visu sim beatus tuae gloriae.

El coro y la asamblea:

Amen.

Silencio para la adoración y la oración personal.

Salmo del servicio

Jesús nos llama a ser siervos,
como Él es siervo,
porque los hombres aceptan el mensaje de Cristo
no tanto de aquel que experimenta el ascetismo de la pureza
sino de quien vive cada día las tribulaciones del servicio.
Jesús, tú que lavaste los pies a pobres pescadores,
ayúdanos a comprender
que los pies de los pobres
son la meta de cualquier camino espiritual serio.
Cuando te inclinaste sobre los talones de tus discípulos
nos hiciste comprender hacia qué basílicas
deberíamos dirigir nuestra peregrinación.
En las bienaventuranzas nos dijiste que los pobres son bienaventurados,
que son los pobres aquellos que se salvan.
Pero luego añadiste:
“Bienaventurados vosotros cuando ayudáis al pobre,

cuando le dais de comer o de beber,
cuando lo hospedáis o lo visitáis”.

Se salvan los pobres

y aquellos que son solidarios con los pobres.

“Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos”.

“Venid al reino, bienaventurados, porque tenía hambre
y me disteis de comer ”.

En otras palabras, Tú nos estás diciendo:

“Bienaventurados los que sirven a los pobres,
aquellos que hacen causa común con los pobres”.

Ayúdanos, Jesús, a ser tan solidarios con los pobres

de ser sus amigos y hermanos.

Ayúdanos, Jesús, a saberte reconocer en los pobres y en los que sufren,
¡para que nos reciban un día en la casa del Padre!

(don Tonino Bello).

Oración letánica

El lector: Señor, el Amor es paciente,
Todos: danos la paciencia que sabe afrontar un día tras otro.

El lector: Señor, el Amor es benigno,
Todos: ayúdanos a querer siempre su bien antes que el mío.

El lector: Señor, el Amor no tiene envidia,
Todos: enséñanos a disfrutar de cada éxito.

El lector: Señor, el Amor no presume,
Todos: recuérdanos de no vanagloriarnos por lo que hacemos por los demás.

El lector: Señor, el Amor no se engríe,
Todos: danos el valor de decir: “Me he equivocado”

El lector: Señor, el Amor no es indecoroso,
Todos: déjanos ver tu rostro en su rostro.

El lector: Señor, el Amor no es egoísta,
Todos: sopla en nuestras vidas el viento de la gratuidad.

El lector: Señor, el Amor no se irrita,
Todos: aleja los gestos y las palabras que hieren.

El lector: Señor, el Amor no lleva cuentas del mal,
Todos: reconcílianos en el perdón que olvida los errores cometidos.

El lector: Señor, el Amor no se alegra de la injusticia,
Todos: abre nuestros corazones a las necesidades de quienes nos rodean.

El lector: Señor, el Amor goza con la verdad,
Todos: guía nuestros pasos hacia ti, que eres el Camino, la Verdad y la Vida.

El lector: Señor, el Amor todo lo excusa,
Todos: ayúdanos a cubrir de amor los días que viviremos juntos.

El lector: Señor, el Amor todo lo cree,
Todos: ayúdanos a creer que el Amor mueve montañas.

El lector: Señor, el Amor todo lo espera,
Todos: ayúdanos a esperar en el amor contra esperanza.

SEI TU, SIGNORE, IL PANE u otro canto apropiado

El coro:

1. Sei tu, Signore, il pane,
tu cibo sei per noi.
Risorto a vita nuova,
sei vivo in mezzo a noi.

La assemblea:

2. Nell'ultima sua cena
Gesù si dona ai suoi:
«Prendete pane e vino,
la vita mia per voi».

El coro:

3. «Mangiate questo pane:
chi crede in me vivrà.
Chi bene il vino nuovo
con me risorgerà».

La assemblea:

4. È Cristo il pane vero,
diviso qui fra noi:
formiamo un solo corpo
e Dio sarà con noi.

El coro:

5. Se porti la sua croce,
in lui tu regnerai.
Se muori unito a Cristo,
con lui rinascerai.

La assemblea:

6. Verranno cieli nuovi,
la terra fiorirà.
Vivremo da fratelli:
la Chiesa è carità.

Terminado el canto propuesto, u otro canto eucarístico, se hace una breve pausa de silencio para la oración personal.

BENDICIÓN EUCARÍSTICA

TANTUM ERGO

El coro:

1. Tantum ergo sacramentum
veneremur cernui,
et antiquum documentum
novo cedat ritui;
praestet fides supplementum
sensum defectui.

1. *Veneremos, pues, inclinados
tan grande Sacramento;
y la antigua figura ceda el puesto
al nuevo rito;
la fe supla
la incapacidad de los sentidos.*

La assemblea:

2. Genitori Genitoque
Laus et iubilatio,
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio;
procedenti ab utroque
compar sit laudatio.

2. *Al Padre y al Hijo
sean dadas alabanza y júbilo,
salud, honor, poder
y bendición;
una gloria igual sea dada
al que de uno y de otro procede.*

El coro y la assemblea:

Amén.

Oración

Quien preside:

Oremus.

Deus, qui nobis sub sacramento mirabili
passionis tuae memoriam reliquisti,
tribue, quaesumus,
ita nos Corporis et Sanguinis tui
sacra mysteria venerari,
ut redemptionis tuae fructum
in nobis iugiter sentiamus.
Qui vivis et regnas in saecula saeculorum.

R/. Amen.

Oremos.

*Oh Dios, que en este admirable Sacramento
nos dejaste el memorial de tu Pasión,
te pedimos nos concedas
venerar de tal modo, los sagrados misterios
de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente
el fruto de tu redención.
Tú que vives y reinas
por los siglos de los siglos,
Amen.*

Quien preside imparte la bendición con el Santísimo Sacramento.

Aclamaciones

El coro entona y la asamblea repite:

1. Benedictus Deus.
2. Benedictum Nomen Sanctum eius.
3. Benedictus Iesus Christus, verus Deus et verus homo.
4. Benedictum Nomen Iesu.
5. Benedictum Cor eius sacratissimum.
6. Benedictus Sanguis eius pretiosissimus.
7. Benedictus Iesus in sanctissimo altaris Sacramento.
8. Benedictus Sanctus Spiritus, Paraclitus.
9. Benedicta excelsa Mater Dei, Maria sanctissima.
10. Benedicta sancta eius et immaculata Conceptio.
11. Benedicta eius gloriosa Assumptio.
12. Benedictum nomen Mariae, Virginis et Matris.
13. Benedictus sanctus Ioseph, eius castissimum Sponsus.
14. Benedictus Deus in Angelis suis, et in Sanctis suis.

Amen.

1. Bendito sea Dios.
2. Bendito sea su santo Nombre.
3. Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.
4. Bendito sea el Nombre de Jesús.
5. Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
6. Bendita sea su Preciosísima Sangre.
7. Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
8. Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
9. Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

10. Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
11. Bendita sea su gloriosa Asunción.
12. Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
13. Bendito sea San José, su castísimo esposo.
14. Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Amén.

Mientras se reserva el Santísimo Sacramento en el sagrario se puede entonar un canto:

Canto para la reserva del Santísimo

Salmo 116

El coro:

1. Laudate Dominum, omnes gentes;
laudate eum, omnes populi.

1. *Aclamad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos.*

La asamblea:

2. Quoniam confirmata est super nos
misericordia eius,
et veritas Domini manet in aeternum.

2. *Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre.*

El coro:

3. Gloria Patri et Filio,
et Spiritui Sancto.

3. *Gloria al Padre y al Hijo
y al Espíritu Santo.*

La asamblea:

4. Sicut erat in principio,
et nunc, et semper,
et in saecula saeculorum. Amen.

4. *Como era en el principio,
ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.*

Antífona mariana

SALVE, REGINA

El coro y la asamblea:

Salve, Regina,
Mater misericordiae,
vita, dulcedo et spes nostra, salve.

*Dios te salve,
Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra.*

Ad te clamamus, exsules filii Evae.
Ad te suspiramus gementes et flentes
in hac lacrimarum valle.

Eia ergo, advocata nostra,
illos tuos misericordes oculos ad nos converte.
Et Iesum, benedictum fructum ventris tui,
nobis, post hoc exsilium, ostende.
O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!

*A ti llamamos los desterrados hijos de Eva;
A ti suspiramos, gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.*

*Ea, pues, Señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros, esos tus ojos misericordiosos
Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima oh piadosa,
oh dulce Virgen María!*

Santo Rosario

La esperanza de los pobres nunca se frustrará

¿Cómo se recita el Santo Rosario?

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios mío, ven en mi auxilio.
Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
Come era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

A cada decena se enuncia el “misterio” que se va a contemplar, por ejemplo, en el primer misterio se contempla: “La Anunciación del Ángel a María”.

Después de una breve pausa de reflexión, se recitan: un Padre Nuestro, diez Ave María y un Gloria.

Por cada decena de la Corona se puede añadir una invocación y una oración; en esta propuesta de Rosario han sido tomadas de la Novena a la Virgen de los Pobres de Banneux.

Al final del Rosario se recitan las letanías Lauretanas u otras oraciones marianas.

Introducción

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

El Señor no abandona al que lo busca y a cuantos lo invocan; «no olvida el grito de los pobres» (*Sal* 9,13), porque sus oídos están atentos a su voz. La esperanza del pobre desafía las diversas situaciones de muerte, porque él se sabe amado particularmente por Dios, y así logra vencer el sufrimiento y la exclusión. Su condición de pobreza no le quita la dignidad que ha recibido del Creador; vive con la certeza de que Dios mismo se la restituirá plenamente, pues él no es indiferente a la suerte de sus hijos más débiles, al contrario, se da cuenta de sus afanes y dolores y los toma en sus manos, y a ellos les concede fuerza y valor (cf. *Sal* 10,14).

C. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

T. Amén

Primer Misterio

Tú eres, Señor, mi único bien

«Porque dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada»; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo» (*Ap* 3,17).

Del Libro de los Proverbios (Pr 30,7)

Dos cosas te he pedido, no me las niegues antes de morir:
aleja de mí falsedad y mentira;
no me des riqueza ni pobreza,
concédeme mi ración de pan;
no sea que me sacie y reniegue de ti,
diciendo: «Quién es el Señor?»;
no sea que robe por necesidad
y ofenda el nombre de mi Dios.

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

La crisis económica no ha impedido a muchos grupos de personas un enriquecimiento que con frecuencia aparece aún más anómalo si vemos en las calles de nuestras ciudades el ingente número de pobres que carecen de lo necesario y que en ocasiones son además maltratados y explotados. Pasan los siglos, pero la condición de ricos y pobres se mantiene inalterada, como si la experiencia de la historia no nos hubiera enseñado nada.

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

*Oh María, Madre de los Pobres.
Ruega por nosotros*

Oremos: Santa Virgen de los Pobres, llévanos a Jesús fuente de la gracia y enséñanos la docilidad al Espíritu Santo, para que encienda aquel fuego de amor que ha venido para traer el advenimiento de su Reino.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

O bien: Virgen María, luz de aquellos que caminan en la oscuridad, sostiene los pasos de aquellos que son explotados y mortificados en su dignidad, para que puedan vivir con la certeza de que Dios no es indiferente a la suerte de sus hijos.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

Segundo Misterio

Te busco Señor, mi esperanza

«Buscad al Señor los humildes de la tierra, los que practican su derecho, buscad la justicia, buscad la humildad, quizá podáis resguardaros el día de la ira del Señor». (Sof 2,3)

Escuchamos la Palabra de Dios del Libro del Eclesiástico (4,1-4.8)

«Hijo, no prives al pobre del sustento, ni seas insensible a los ojos suplicantes. No hagas sufrir al hambriento, ni exasperes al que vive en su miseria. No perturbes un corazón exasperado, ni retrases la ayuda al indigente. No rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. Inclina tu oído hacia el pobre, | y respóndele con suaves palabras de paz».

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

Todos los días nos encontramos con *familias* que se ven obligadas a abandonar su tierra para buscar formas de subsistencia en otros lugares; *huérfanos* que han perdido a sus padres o que han sido separados violentamente de ellos a causa de una brutal explotación; *jóvenes* en busca de una

realización profesional a los que se les impide el acceso al trabajo a causa de políticas económicas miopes; *víctimas* de tantas formas de violencia, desde la prostitución hasta las drogas, y humilladas en lo más profundo de su ser. ¿Cómo olvidar, además, a los millones de *inmigrantes* víctimas de tantos intereses ocultos, tan a menudo instrumentalizados con fines políticos, a los que se les niega la solidaridad y la igualdad? ¿Y qué decir de las numerosas personas *marginadas* y *sin hogar* que deambulan por las calles de nuestras ciudades?

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros

Oremos: Santa Virgen de los Pobres, que dijiste: «Creed en mí, que yo creeré en vosotros», te agradecemos por darnos tu confianza. Haznos capaces de elegir en conformidad con el Evangelio, ayúdanos a dirigir nuestra libertad en el servicio mutuo y en el amor de Cristo para la gloria del Padre. Por Cristo nuestro Señor.

Amén

o bien: Virgen María, sustento de los que esperan en ti, guarda en tu corazón a todos los que se ven obligados a abandonar su tierra, para que puedan encontrar hospitalidad en la solidaridad de sus hermanos.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

Tercer Misterio

Levántame, Señor, no me abandones

«Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de los pueblos». (Sal 113,7)

Escuchamos la Palabra de Dios del Libro del Profeta Isaías (14,30.32)

«Los más pobres serán alimentados, | y los indigentes reposarán seguros. El Señor ha fundado Sión y en ella se refugian los desvalidos de su pueblo».

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

El pobre, en la Escritura, es el hombre de la confianza. Es precisamente esta confianza en el Señor, esta certeza de no ser abandonado, la que invita a la esperanza. El pobre sabe que Dios no puede abandonarlo; por eso vive siempre en la presencia de ese Dios que lo recuerda. Su ayuda va más allá de la condición actual de sufrimiento para trazar un camino de liberación que transforma el corazón, porque lo sostiene en lo más profundo.

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros

Oremos: Santa Virgen de los pobres, salva a las naciones: haz que seamos guiados por gobernantes sabios y alcánzanos la gracia de que todos los pueblos, reconciliados y concordados, formen un sólo rebaño bajo un sólo pastor.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

o bien: Virgen María, consoladora de los enfermos y deprimidos, cuida a los que hoy viven en precariedad y marginación, para que confiando siempre en la fidelidad del Señor puedan reabrir el corazón a la esperanza.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

Cuarto Misterio

Hazme, Señor, testigo de la alegría del Evangelio

«El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad» (Is 61,1)

Escuchamos la Palabra de Dios del Evangelio según San Lucas (6,20-23)

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas».

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

«Bienaventurados los pobres». El sentido de este anuncio paradójico es que el Reino de Dios pertenece precisamente a los pobres, porque están en condiciones de recibirlo. ¡Cuántas personas pobres encontramos cada día! A veces parece que el paso del tiempo y las conquistas de la civilización aumentan su número en vez de disminuirlo. Pasan los siglos, y la bienaventuranza evangélica parece cada vez más paradójica; los pobres son cada vez más pobres, y hoy día lo son aún más. Pero Jesús, que ha inaugurado su Reino poniendo en el centro a los pobres, quiere decirnos precisamente esto: Él ha inaugurado, pero nos ha confiado a nosotros, sus discípulos, la tarea de llevarlo adelante, asumiendo la responsabilidad de dar esperanza a los pobres.

Padre Nuestro, 10 Ave María, Gloria...

Oh María, Madre de los Pobres.

Ruega por nosotros

Oremos: Santa Virgen de los pobres, consuela a los enfermos con tu presencia; enséñales a llevar con Jesús la cruz de cada día y haz que nos comprometamos fielmente al servicio de los pobres y de los que sufren.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

o bien: Virgen María, de corazón abierto y pronta para recibir a los hambrientos y a cuantos tienen hambre y sed de justicia, te presentamos a nuestros hermanos explotados y humillados: haz que estemos atentos a sus necesidades y disponibles para caminar con ellos.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

Quinto misterio

Señor, hazme vivir en comunión contigo y con los hermanos

«El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.» (At 4, 32-35)

Escuchamos la Palabra de Dios del Evangelio según San Mateo (25,34-36)

«Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme».

Del Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres del Papa Francisco

Antes que nada, los pobres tienen necesidad de Dios, de su amor hecho visible gracias a personas santas que viven junto a ellos, las que en la sencillez de su vida expresan y ponen de manifiesto la fuerza del amor cristiano. Dios se vale de muchos caminos y de instrumentos infinitos para llegar al corazón de las personas. [...] Los pobres necesitan nuestras manos para reincorporarse, nuestros corazones para sentir de nuevo el calor del afecto, nuestra presencia para superar la soledad. Sencillamente, ellos necesitan amor. [...] Los pobres son personas a las que hay que ir a encontrar: son jóvenes y ancianos solos a los que se puede invitar a entrar en casa para compartir una comida; hombres, mujeres y niños que esperan una palabra amistosa. Los pobres nos salvan porque nos permiten encontrar el rostro de Jesucristo.

Oremos: Santa Virgen de los Pobres, nosotros creemos en ti y, confiando en tu intercesión maternal, nos abandonamos a tu protección. Te confiamos el camino que la Iglesia está recorriendo en este tercer milenio, el crecimiento moral y espiritual de los jóvenes, las vocaciones religiosas, sacerdotales, misioneras y la obra de la nueva evangelización.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

o bien: Virgen María, vientre materno que acoge a quienes viven en la soledad y el abandono, no permitas que ninguno de tus hijos sufra por la falta de calor y de amistad, sino que encuentren hermanos dispuestos a acogerles y ofrecerles una palabra amiga.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén

Salve Regina

Dios te salve,

Reina y Madre de misericordia,

vida, dulzura y esperanza nuestra.

Dios te salve,

a ti llamamos los desterrados hijos de Eva;

A ti suspiramos, gimiendo y llorando,

en este valle de lágrimas.

Ea, pues, Señora, abogada nuestra,

vuelve a nosotros, esos tus ojos misericordiosos

*Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima oh piadosa,
oh dulce Virgen María!*

Letanías evangélicas (Mt 5,1-12)

María, Madre de los pobres en el espíritu,	te rogamos, oyenos
María, Madre de los mansos	“
María, Madre de los que lloran	“
María, Madre de los que tienen hambre y sed de la justicia	“
María, Madre de los misericordiosos	“
María, Madre de los limpios de corazón	“
María, Madre de los que trabajan por la paz	“
María, Madre de los perseguidos por causa de la justicia	“

Oremos

Señor Jesús, hermano nuestro, te rogamos por los pobres,
por los enfermos, por los viejos, los excluidos.
Por el que tiene hambre y no tiene pan, pero también por el que tiene pan y no tiene hambre.
Por el que se ve superado por todos,
por los explotados, los alcohólicos, las prostitutas.
Por el que está solo, por el que está cansado.
Libera a los creyentes, oh Señor,
del pensar que es suficiente un gesto de caridad para sanar tantos sufrimientos.
Siempre tendremos pobres con nosotros:
son el signo de nuestra pobreza de caminantes,
símbolo de nuestras desilusiones,
fragmento de nuestras desesperanzas.
Siempre los tendremos con nosotros, es más, dentro de nosotros.
Concede Señor a tu pueblo peregrino
el honor de ver a quien se ha detenido en el camino
y de estar listo para darle la mano para ponerlo de nuevo en camino
con la certeza de que quien espera en ti no quedará defraudado.
Amén.

(don Tonino Bello, Palabras de amor)

o bien:

Letanías a Santa María Madre de los Pobres (de la Iglesia de Francia)

Señor, ten piedad

Señor, ten piedad

Cristo, ten piedad	Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad	Señor, ten piedad
Cristo, óyenos	Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos	Cristo, escúchanos
Dios Padre, creador nuestro	ten piedad de nosotros
Dios Hijo, redentor nuestro	ten piedad de nosotros
Dios Espíritu Santo, santificador nuestro	ten piedad de nosotros
Trinidad Santa, un solo Dios	ten piedad de nosotros
Santa María	guía nuestro camino
Santa Madre de Dios	ilumina nuestro camino
Santa Virgen de las vírgenes	danos a tu Hijo
Hija del pueblo de Dios	guía nuestro camino
Virgen de Nazareth	ilumina nuestro camino
Elegida entre todas las mujeres	danos a tu Hijo
Virgen humilde de corazón	guía nuestro camino
Esposa de San José Obrero	ilumina nuestro camino
Reina de la familia	danos a tu Hijo
Mujer de nuestro pueblo	guía nuestro camino
Esperanza de los oprimidos	ilumina nuestro camino
Confianza de los más pobres	danos a tu Hijo
Virgen, Madre de Cristo	guía nuestro camino
Virgen, Madre de la Iglesia	ilumina nuestro camino
Virgen, Madre de los hombres	danos a tu Hijo
Madre que nos conoces	guía nuestro camino
Madre que nos escuchas	ilumina nuestro camino
Madre que nos comprendes	danos a tu Hijo
Virgen hija del hombre	guía nuestro camino
Hija de un pueblo peregrino	ilumina nuestro camino
Presencia viva en la historia	danos a tu Hijo
Madre que conoces el dolor	guía nuestro camino
Madre a los pies de la cruz	ilumina nuestro camino
Madre para los que sufren	danos a tu Hijo
Señora de la alegría	guía nuestro camino
Virgen luminosa	ilumina nuestro camino
Reina de la paz	danos a tu Hijo

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, perdónanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, escúchanos, Señor
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.
Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos

Padre bueno, concédenos ensalzar con María tu bondad infinita y gozar siempre de su protección, porque en ella nos has dado una reina compasiva con los pecadores y misericordiosa con los pobres.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

Propuestas pastorales

El desafío de cada cristiano es amar a la manera de Cristo. Tener una mirada de acogida y respeto por cada persona humana, sea cual sea su condición, sea cual sea su fe. Es este amor en Jesucristo que nos empuja a construir su Reino, un Reino de justicia, de paz y de amor, que busca hacer concreta la presencia de Dios que se inclina sobre cada criatura. Es este mismo Dios, que con nuestra ayuda se ocupa de la miseria de los últimos para llevarles paz y consuelo, para que descubra que su esperanza nunca quedará defraudada. Con Él podemos romper todas las cadenas que mantienen prisionero al hombre de hoy. Frente a todos los que viven en dificultades, no podemos permanecer en silencio ni cruzar los brazos. Este fuego del Espíritu que arde en nosotros nos hace tener por nuestros hermanos y hermanas necesitados una preocupación sincera para curar sus heridas y levantarles, para llevarles de esta forma a la sanación. Pero para llegar ahí, es necesario dedicarse con alegría y determinación. El bienestar del otro debe ser nuestra única preocupación, porque es aquí que se encuentra a Cristo: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40).

La Pobreza aparente y la pobreza escondida

Los pobres cubren una gran muestra de las personas que componen nuestra sociedad. Sería reductivo usar la palabra *pobres* solo para las personas sin hogar que nos encontramos por las calles de las grandes ciudades. Hay pobreza aparente, pero también hay pobreza escondida. ¿Quiénes son estos pobres escondidos?

Son tantos padres que luchan, a veces incluso con un trabajo, para mantener la propia familia. Son las familias monoparentales que con o sin apoyo social tienen dificultades para realizar sus sueños, incluso los más simples. Son los adolescentes que subyugados por la esclavitud de la droga ya no pueden soñar su propio futuro. Son también tantas personas ancianas que, al final de sus vidas, todavía están preocupadas por si podrán o no mantener su hogar o incluso si podrán alimentarse o curarse hasta el final. La fe en el Señor, que nunca defrauda las expectativas de los pobres, nos estimula a abrir los ojos ante tantas formas de pobreza, visibles e invisibles.

El objetivo de la *Jornada Mundial de los Pobres* no debe limitarse a un solo acontecimiento o a un solo día del año. No es suficiente con hacer una breve visita a un centro que ayuda a los pobres y estrecharles la mano, tal vez deseándoles buena suerte. La *Jornada* puede ser la ocasión de al menos tres momentos importantes: en primer lugar, para destacar y celebrar el cumplimiento de las actividades vividas durante el año. En segundo lugar, para evaluar e identificar cuáles podrían modificarse y cuáles deberían de nuevo tenerse en cuenta para el próximo año. Finalmente, la realización y la actualización de las actividades elegidas.

Podemos hacer verdaderamente la diferencia viviendo la proximidad y la solidaridad del Evangelio. Sabiendo que el Señor no olvida el grito de los pobres, y que depende por tanto de nosotros la responsabilidad de extender su Reino, de ser, a su vez, reflejo de Cristo para ellos, como ellos para nosotros.

Sugerencias

Se sugiere crear ocasiones de encuentro a nivel comunitario (diocesano, parroquial, comunidades religiosas) para rezar, reflexionar y leer juntos los *signos de los tiempos*, a fin de responder a las necesidades de los diferentes contextos sociales en los que vivimos, diferentes de un país a otro.

Los jóvenes y sus familias

- Ofrecer momentos de profundización y debate, conferencias sobre diferentes temas: la violencia (familiar, conyugal, social), sobre el cuidado de uno mismo y de las emociones, sobre la autoestima, el respeto, la dimensión del amor cristiano, el don de sí mismos. etc.
- Hacer una actividad con jóvenes de familias desfavorecidas, entretenerlos y fomentar la integración.
- Ofrecer un espectáculo con artistas locales, cantantes, actores, circo, etc.
- Promover actividades deportivas, teatrales, laboratorios, etc.
- Proyectar una película al aire libre o en las salas de la comunidad.
- Organizar actividades para las familias necesitadas, para que vivan un momento creativo juntos, donde puedan ser valorados.
- Organizar una *caza del tesoro* para jóvenes.

Itinerante

- Tarde con cantos al aire libre ofreciendo una bebida caliente y algo de comer.
- Una *noche para las personas sin hogar*. Paseo con ellos y con los feligreses, espectáculo musical, ambiente de fiesta (donación de zapatos, saco de dormir, ropa abrigada para el invierno, algunos artículos de confort).
- Inaugurar un jardín público. Alrededor de la iglesia plantar árboles frutales que puedan ser útiles a todos.
- Encontrar con ellos un pequeño compromiso que podrían realizar para ayudar a la comunidad. Objetivo: aprender a recibir, pero también a dar.

Para los ancianos y los enfermos

- Visitarles asiduamente.
- Organizar momentos de celebración.
- Ofrecer cursos gratuitos para que puedan aprender a usar un ordenador o las redes sociales.

Participación de los feligreses

- Algunas semanas antes del evento, organizar momentos de *formación e información* para los feligreses, para que tomen conciencia del tema, con el objetivo de crear comprensión y compromiso.
- Involucrar a los ancianos (ojalá junto con los jóvenes) llevando prendas de punto, calcetines, sombreros, guantes, bufandas que podrían donarse con motivo de la Jornada Mundial de los Pobres

Propuestas que durarán todo el año

- Formar un coro junto con los pobres. (Esto permite que las personas recuperen la confianza, les ayuda a tener un horario, una disciplina y les hace descubrir que pueden aportar algo a los demás). Se puede promover un concierto con

motivo de la *Jornada Mundial*, como en otras circunstancias que se consideren apropiadas durante el año pastoral (Navidad, Pascua, fiestas patronales, etc.).

- Crear una *red amiga* de voluntarios para cuidar a los ancianos y asegurarse de que sean visitados, atendidos y reciban una llamada telefónica para verificar que estén bien.
- Las comunidades parroquiales estrechen sus lazos con otras organizaciones de solidaridad presentes en la zona, promoviendo una mesa de consulta para optimizar las intervenciones en favor de los más necesitados.
- Organizar una cocina colectiva o puntos de recolección de alimentos.
- Enseñar a cocinar a bajo costo, cocinar juntos, comer de manera saludable.
- Instituir campamentos de verano o campamentos de día para niños de familias en dificultad.

(IV de portada)

EL LOGO DE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

La dimensión de la reciprocidad se ve reflejada en el logo de la Jornada Mundial de los Pobres. Se nota una puerta abierta y sobre el umbral dos personas que se encuentran. Ambas extienden la mano; una para pedir ayuda, la otra porque quiere ofrecerla. En efecto, es difícil comprender quién de los dos sea el verdadero pobre. O mejor, ambos son pobres. Quien tiende la mano para ayudar está invitado a salir para compartir. Son dos manos tendidas que se encuentran donde cada una ofrece algo. Dos brazos que expresan solidaridad y que incitan a no permanecer en el umbral, sino a ir a encontrar el otro. El pobre puede entrar en la casa, una vez que en ella se ha comprendido que la ayuda es el compartir. En este contexto, las palabras que el Papa Francisco escribe en el Mensaje se cargan de un profundo significado: “Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.” (Papa Francisco).

Un agradecimiento especial a:

- *Monasterio de las Carmelitas Descalzas “B. V. M. del S. Rosario” (Capocolonna - Crotone),*
- *Rev. Sr. Cecilia del Mundo, Hijas de María Auxiliadora, Comunidad de Venilale, (Inspectoría de Timor Oriental – Indonesia),*
- *Rev. Prof. Serafino Parisi (Pontificia Universidad Teológica de Italia Meridional - I.T.C. “S. Pio X” - Catanzaro),*
- *Rev. Prof. Gianni Gualtieri (Comisión Nacional Sector Apostolado Bíblico y Comisión para la doctrina de la fe, la evangelización y la catequesis de la Toscana),*
- *Rev. Fabio Marella (Cáritas Diocesana - Florencia),*
- *Rev. Pierpaolo Lippo (Pontificio Instituto Bíblico - Roma),*